

DAVID Y GOLIAT, UNA FIGURA DEL ISLAM

GABRIEL FALCO



DAVID Y GOLIAT, UNA FIGURA DEL ISLAM

Gabriel Falco

E-mail: anhaar@swissmail.org

Cubierta: Josanar

© PM Internacional

Apdo. 573 - 18080 Granada - España

www.pminternacional.org - info@pminternacional.org

Los contenidos de la Colección Musulmania no siempre se corresponden con la opinión de los editores. Se publican, sin embargo, como un medio para fomentar el intercambio de diferentes puntos de vista y motivar a la reflexión. Las citas bíblicas, a menos que se indique otra cosa, han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1995.

2006 Primera edición

2008 Segunda edición

Índice

Reconocimientos	7
Introducción	9
1. El propósito eterno de Dios	13
2. Goliath, figura del islam.	27
3. David, el ejemplo	41
4. Conocimiento experimental de Dios	61
5. No con estrategias humanas	77
6. Intencionalidad en la obra	95
7. Una cuestión de identidad	105
8. Una palabra final	115

Reconocimientos

EN PRIMER LUGAR, y sobre todas las cosas, en mi corazón hay plena gratitud y admiración por Aquél que me escogió desde antes de la fundación del mundo para ser adoptado como hijo suyo. Y también me tuvo por fiel poniéndome en el ministerio. Aquél por quien cada día voy siendo transformado de gloria en gloria a su misma imagen: ¡Jesucristo, mi fiel amado!

Un gran reconocimiento a mis pastores, verdaderos hombres de Dios que han implantado en mi corazón la gran importancia de tener en mi vida y ministerio una visión amplia de los propósitos divinos. Algunos de ellos, aun sin saberlo o a la distancia, han influenciado mi vida dejando marcas muy profundas. Haber recibido por tantos años el ejemplo de vida y ministerio de la Palabra, la visión, la estrategia y mucho más; hombres como Jorge Himitián, Ángel Negro, Orville Swindoll, Keith Bentson, Ivan Baker (estos dos últimos ya con el Señor); y junto a ellos, otros más.

Una mención especial para Juan Carlos Chevriau, mi pastor

desde siempre, pero más que eso, mi hermano, quien junto a su esposa Alicia me soportaron, no me juzgaron, me dieron ejemplo de permanencia y estabilidad, creyeron en mi y me dieron libertad para servir a Dios.

Finalmente, un reconocimiento y agradecimiento especial a Federico A. Bertuzzi quien me animó a continuar escribiendo, también quien junto a su esposa Marta han hecho el trabajo de editar y corregir el manuscrito, sin cuya labor hoy no podría ser realidad este libro.

EL AUTOR

Introducción

CON MOTIVO DE LA INVITACIÓN que me hicieron para participar como uno de los oradores en la Primera Conferencia para Líderes Cristianos Urbanos Respondiendo al Islam, que se llevó a cabo en la ciudad de Filadelfia, en la Wyoming Ave. Baptist Church, Estados Unidos, en mayo de 2005, comencé a buscar de Dios una palabra adecuada y justa que pudiera compartir con las personas que asistirían a dicha conferencia. Tenía que ser una palabra que intercalara de alguna manera la corta pero intensiva experiencia que nosotros estábamos teniendo, por estar residiendo y ministrando en un país musulmán, donde llevábamos ya un período de más de cinco años, con una palabra de desafío que de alguna manera impactara a los pastores y líderes participantes. Buscaba algo que trajera un despertar, que los movilizara quitándolos de una actitud defensiva y fueran animados a avanzar con el evangelio con un espíritu de conquista.

Para ese entonces, había una especie de preocupación entre algunos de estos líderes cristianos, por la gran cantidad de mu-

musulmanes con los cuales tenían que convivir en algunos de los barrios junto a ellos. Se hablaba en esos días de un notable crecimiento entre los convertidos al Islam, principalmente entre los llamados afro-americanos y también entre los latinos que se estaban acercando a la religión musulmana.

El islam crecía en las cárceles norteamericanas y algunos jóvenes en los colegios eran de alguna manera incitados a volverse musulmanes. Otro fenómeno que se podía ver, eran hombres musulmanes casándose con jóvenes cristianas (aunque sean nominales, o para decirlo de manera más acertada, muchachas occidentales). La preocupación era entonces, qué hacer como iglesia ante semejante situación.

Así fue que buscando alguna palabra apropiada para compartir con ellos, Dios trajo a mi mente rápidamente, una historia muy conocida por todos nosotros, la de David y Goliat. La busqué en mi Biblia para leerla por enésima vez. Su relato se encuentra en 1 Samuel 17.

Junto con esto, el primer pensamiento que cruzó por mi mente fue que no hay mejor defensa que un buen ataque. Entonces, si el sentir o la preocupación es que de alguna manera estamos siendo invadidos, la mejor defensa ante esa invasión es avanzar hacia ellos con toda la armadura que el Señor nos dio, descrita en Efesios 6.14-18, poniendo especial énfasis en estas cosas: estar calzados los pies con el apresto del evangelio y empuñando la espada del Espíritu.

Comencé a leer detenidamente una vez más la historia tan conocida. Paso a paso y versículo por versículo, de esta manera, comencé a escribir los primeros bosquejos separando la historia en bloques y por subtemas, como entendía en ese momento me estaba guiando el Espíritu Santo.

Más y más fui desarrollando el contenido que entendía que el Señor me estaba dando, para compartir con los pastores y líderes

urbanos en la ciudad de Filadelfia. Aunque, llegado el momento de mi exposición, el tiempo establecido no fue suficiente para expresar todo lo que había preparado, o por lo menos todo lo que estaba en mi mente y corazón. Esto sirvió como principal y justa motivación para que tome la decisión de desarrollarlo en este escrito, ampliándolo, esperando que de esta manera sea de bendición a muchas más personas. Lamenté sinceramente que el tiempo no me permitió compartir toda la palabra recibida. Así que pronto comencé a profundizar aún más cada uno de los pensamientos, ampliándose en forma significativa, la revelación en algunos de los temas.

Mi intención básica es transmitir el sentir que me mueve cada día de mi vida. La visión que con mucha claridad, Dios en su inmensa misericordia nos ha dado. Aquella que, en gran parte, me ha sido transmitida desde mis mayores, siervos de Dios que han formado mi vida, y que ha sido completada por el mismo Espíritu Santo durante los años de ministerio, específicamente entre musulmanes, conociendo sus costumbres, su cultura, su idioma, su cosmovisión y aún hasta su religión. Hemos experimentado la bendita gloria de Dios, al ver a algunos de ellos venir a los pies de Jesucristo, reconociéndolo como el Señor de sus vidas, siendo estas totalmente transformadas por el conocimiento de la Verdad. Hemos tenido el privilegio de bautizar a algunos de ellos y discipular a otros tantos, siendo también de esta manera, parte activa del nacimiento de nuevas congregaciones de discípulos de Jesucristo entre ellos. Y todo esto por la bendita gracia de Dios en nuestras vidas.

Con el pasar de los años el Señor me ha dado una visión más amplia. Creo que ahora puedo ver un poco más allá. El Espíritu Santo siempre está marcándome las metas a alcanzar, y de esta manera me permite estar constantemente proyectándome hacia mucho más.

También quiero expresar aquí las enseñanzas acerca del reino de Dios y su propósito eterno, ya que nuestro Señor Jesucristo nos envió a predicar: «Este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mateo 24.14). Y también, cómo estas verdades fundamentales influyen en la tarea de alcanzar a los musulmanes con el evangelio de Jesucristo. Entonces es la combinación de estas cosas lo que quiero compartir con la iglesia del Señor. Es de alguna manera, una palabra profética, un llamado a completar la Gran Comisión que nos fue encomendada. Un llamado a un cambio de actitud frente al gran desafío que tenemos por delante; de completar la tarea restante para la satisfacción plena de nuestro amado Padre, y acortando así el regreso del Señor Jesucristo. Es mi oración a Dios que estas palabras cumplan su objetivo y sean de bendición para muchas personas.

El propósito eterno de Dios

ERA EL INVIERNO del tercer año que nosotros, como familia, estábamos en este país musulmán. Nuestros queridos amigos, colegas y compañeros en la Obra, igualmente latinos como nosotros, estaban uniéndose en matrimonio. Quisieron compartir tan especial momento de sus vidas con sus amigos locales, así que decidieron celebrar su fiesta de casamiento de acuerdo a las costumbres del país musulmán donde todos nosotros residimos. Pero por supuesto, quisieron aprovechar esta noble ocasión para dar testimonio también de cómo es una boda cristiana; entonces idearon una celebración mixta. Se haría una fiesta de boda típica de acuerdo a las costumbres locales, pero en un momento determinado, utilizando un corto tiempo, aproximadamente entre treinta y cuarenta minutos, realizaríamos una pequeña ceremonia cristiana.

Era la primera vez que se haría algo de este tipo, con la expresión de un claro testimonio cristiano sin pudores, delante de tantos musulmanes que estaban invitados a la fiesta. Tuvimos la bendición extra de poder realizar este histórico evento en nuestro hogar. Aunque personalmente para mí, la mayor bendición que tuve ese día fue el enorme privilegio que me dieron al pedirme que sea yo quien tuviera la responsabilidad de compartir la Palabra, tomarle los compromisos matrimoniales, y orar por ellos pidiendo la bendición de Dios sobre sus vidas. Todas estas cosas serían totalmente extrañas y desconocidas para los musulmanes que asistirían como invitados a la boda. Por supuesto, debería hacerlo en idioma árabe, o por lo menos en algo parecido a este, con lo que yo pudiera expresarme en ese momento. Después de todo, creo que entendieron el mensaje muy a pesar de mí.

A medida que se acercaba la hora determinada, los nervios me carcomían. Me había preparado con ahínco para la ocasión, y hasta ese día esperé en ayuno al Señor. Ya había predicado varias veces en árabe en las reuniones de la iglesia nacional, pero en todas esas ocasiones, los receptores del mensaje eran mis hermanos locales, muy amorosos y muy buenos, que con gran respeto, amor y paciencia, me escuchaban y trataban de entender el mensaje con la guía del Espíritu Santo. Pero esta vez, tendría que hablar delante de muchas personas que no me conocían, no estaban acostumbrados como mis hermanos locales a mi pobre pronunciación, y de estos, la gran mayoría no serían cristianos sino musulmanes. Era todo un desafío y por supuesto también un riesgo. Pero resultó ser una gran bendición.

En aquel día pudimos dar testimonio de distintas maneras, y una de ellas fue la fuerte unidad que había entre nosotros a la hora de trabajar y servir a las mesas. Esto fue un impacto para muchos. Se maravillaban que sin ser familiares entre nosotros y, más aún, proceder de distintos países, igualmente parecíamos

una familia. Se asombraban de cómo nos tratábamos y que entre nosotros no sobresalía ninguno que pareciera más importante que los demás. En este aspecto pudimos ser testimonios vivientes entre ellos.

La Palabra a compartir por supuesto iría dedicada a los novios pero también buscábamos con ella dar testimonio de nuestra fe y amor a Dios. Así fue que en aquella tarde compartí las Escrituras acerca del propósito de Dios para el hombre desde la creación, y que el matrimonio no es cosa inventada por los hombres sino que es el plan divino. El énfasis especial estuvo en el hecho de que es la voluntad de Dios que el hombre se una a su mujer y sean una sola carne, y que lo que Dios unió no lo debe separar el hombre: un solo hombre con una sola mujer y para toda la vida. Este fue otro gran impacto en nuestro testimonio hacia aquellos invitados musulmanes, sobre todo las mujeres estaban siendo atraídas por tal doctrina. Era previsible que así ocurriera, pues, en países donde su religión les permite a los hombres tener hasta cuatro esposas simultáneamente, la mujer experimenta el temor permanente de que en algún momento puede pasar a ser la segunda o a ser divorciada aún sin una causa humanamente justificable. Nosotros les estábamos presentando que el propósito creador y eterno de Dios, es muy diferente de lo que ellos habían conocido hasta el momento. Estábamos trayendo una nueva luz. Estábamos presentando el propósito eterno de Dios. Oramos para que el Espíritu Santo complete su obra en aquellas personas que escucharon el mensaje por primera vez en sus vidas.

El propósito de Dios

Adentrándonos, entonces, en nuestra historia relatada en 1 Samuel 17, y observando los primeros versículos de nuestro pasaje, podemos ver que se trata de una batalla. Es tiempo de guerra. El

pueblo de Dios vive tiempos de guerra. ¡Se vive una confrontación de poderes!

Y los filisteos estaban sobre un monte a un lado, e Israel estaba sobre otro monte al otro lado, y el valle entre ellos (v. 3).

Dos ejércitos bien preparados para la guerra se estaban enfrentando, demostrando cada cual su poderío. Pero conozcamos el contexto de esta batalla, ya que este no era un enfrentamiento producto de la casualidad. Dios había entregado por heredad a Israel la tierra prometida. Una tierra de bendición. Una tierra que fluye leche y miel. El único inconveniente era que esa tierra estaba habitada por pueblos paganos. Pueblos enemigos que debían ser derrotados y expulsados de la tierra prometida. Esta era la condición para poseer la promesa de la herencia. En otras palabras, Dios había encomendado una misión a Israel, su pueblo. Esta misión era la de poseer la tierra para que pudieran habitar en ella como el pueblo del Señor. Y ÉL sería entonces el Dios de ellos. De esta manera se daría continuidad al cumplimiento de su propósito eterno, que había quedado trunco con la caída del hombre.

Este es el propósito que Dios tenía desde antes de la fundación del mundo. Y por supuesto lo tuvo en la creación, muy claramente reflejado en los primeros capítulos del libro de Génesis. Cuando Dios creó al hombre, lo creó conforme a su imagen y semejanza (Génesis 1.26-28):

Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread...

La voluntad y propósito de Dios era que se multiplicaran, que fructificaran. Que llevaran fruto de tal manera que la tierra fuera llena. Dios no se conforma con un pequeño pueblo de unos pocos, sino que su profundo deseo era, y lo sigue siendo hasta hoy,

que la tierra sea llena de aquellos hombres y mujeres creados a su imagen.

En otro orden de cosas, dice también la Escritura que: «Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado» (v. 2.8). Esta ciertamente era una tierra tremendamente bendita. Era rica en minerales preciosos, tenía un río con cuatro brazos que regaba todo el huerto y hacía que fuera una tierra extremadamente productiva. Había en ella de todo tipo de árboles frutales, deliciosos para comer. En verdad, era una tierra de bendición. ¡Podemos decir también que era una tierra que fluía leche y miel!

Como todos sabemos, con la desobediencia del hombre, o dicho de otra forma, cuando el hombre se independiza de Dios su creador, le da la espalda y ya no se sujeta a sus deseos y voluntad; entra el pecado y todo se desmorona. El cumplimiento del propósito de Dios momentáneamente se trunca y todo se arruina. El pecado principal es que el hombre deja de depender de Dios. Como consecuencia pierde la imagen y semejanza de Él. Se corta la íntima relación que tenían. El hombre pierde la bendición de Dios. La tierra pierde la bendición de Dios por causa del hombre (v. 3.17), y comienza a producir cardos y espinos. Dios echó al hombre del huerto del Edén (vv. 23-24), de la tierra de bendición, de la tierra que fluía leche y miel. Resumiendo, el hombre es destituido de la gloria de Dios (Romanos 3.23).

Aquí entramos en otro punto importante en el propósito eterno de Dios en la creación. Dios también le había dicho al hombre en Génesis 1.28: «Sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra». Dios había dado toda autoridad al hombre y su profundo deseo era que hiciera uso de su autoridad delegada sobre toda la creación, pero muy especialmente para sojuzgar a una de las bestias que se mueven sobre la tierra: la serpiente (v. 3.14),

que es Satanás. Génesis 1.1-2 nos dejan entrever el gran *problema* de Dios. No sabemos cuánto tiempo transcurre entre los vv. 1 y 2; tampoco se nos dice en detalle qué cosas habían sido creadas y qué no, pero tenemos el enunciado del primer versículo por el cual sabemos que los cielos y la tierra ya habían sido creados.

En el principio creó Dios los cielos y la tierra (v. 1).

Por supuesto, Dios hizo toda la creación perfecta; los cielos, la tierra y todo lo que en ellos existe. Todo lo que creó era bueno en gran manera. Dios es perfecto y santo, como así también las obras de sus manos. Todo lo hizo perfecto y bueno en gran manera.

Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto (v. 31).

Pero es ahí, en el v. 2 que encontramos el gran problema. La tierra estaba desordenada y vacía. Había caos en una parte de la creación, la tierra. El cielo permanecía en perfección y santidad, pero en la tierra algo había ocurrido que había provocado gran desorden y espesas tinieblas.

Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.

Interpretamos que entre estos dos versículos ocurre la rebelión de Lucifer, y sin entrar en más detalles sobre este tema, solo diremos que allí estuvo la causa de que la tierra estuviera desordenada y vacía. Luego viene la creación del hombre, con lo cual Dios se había propuesto cumplir su propósito original.

Si bien el primer intento del cumplimiento del propósito de Dios por medio del hombre se frustra con su desobediencia, Dios no fracasa. El propósito eterno de Dios no es un fracaso. El propósito eterno de Dios no se pierde, no cambia ni deja de ser, sino que aún sigue siendo el mismo. Y lo será por los siglos de los siglos.

Un segundo intento del cumplimiento del propósito eterno de Dios se deja ver en Noé y su familia luego del diluvio. Ellos son los únicos sobrevivientes sobre toda la tierra, y Dios se dispone a restaurar lo perdido a través de sus vidas. Nuevamente, Dios bendice a Noé y a sus hijos con la misma bendición con que había bendecido a Adán:

Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra (Génesis 9.1).

Pasa el tiempo y de la descendencia de Noé, Dios escoge un hombre: Abram. Le cambia el nombre por Abraham, que significa: «padre de multitudes» y lo bendice diciéndole:

Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición (v. 2).

Nuevamente podemos ver el deseo y la voluntad de Dios de tener para sí una gran nación, un gran pueblo, una gran familia. ¡Dios no se conforma con unos pocos! Con Él no va aquella frase que hemos escuchado por mucho tiempo, en la que se escudan algunos diciendo: «Mejor pocos pero buenos». Y así lo bendice Dios de la misma manera que en el principio había bendecido a Adán. También a Abraham le ordena Dios diciendo:

Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré (v. 1).

Dios piensa una vez más no solo en bendecir al hombre, sino, también en darle su morada, su tierra. ¿Por qué no podía Dios comenzar la restauración con Abraham en ese mismo lugar? ¿Por qué tenía que guiar a Abraham a otra tierra? Dios quiere para sí un pueblo especial, y lo quiere guiar a una tierra especial. El paraíso de Edén aún sigue en los planes de Dios. De hecho, podemos verlo nuevamente en el libro de Apocalipsis, en el cumplimiento de los tiempos. Dios no destruyó el Edén, solo lo

retiró del alcance de la mano del hombre caído, pues es un lugar santo, una tierra santa. La explicación de esto sencillamente es que Dios es santo. Desea para sí un pueblo santo, y el lugar que habite también deberá ser santo. Como nos revelan las Escrituras, al final tendremos cielos nuevos y tierra nueva; el paraíso celestial está siendo reservado para nosotros.

En Génesis 12.7 Dios le promete a Abraham: «A tu descendencia daré esta tierra». Luego a Abraham le nace Isaac, el hijo de la promesa (v. 21.12; Romanos 9.7-8). Y a Isaac, su hijo Jacob, que luego por la bendición de Dios sería llamado Israel. A él, como sabemos, le nacen doce hijos, que son las doce tribus de Israel. En Israel y con estas doce tribus, Dios comienza una nueva nación. Su pueblo escogido. La gran nación que Dios le había prometido a Abraham. Con el transcurso del tiempo, y luego que Dios libera a Israel su pueblo de los cuatrocientos años de esclavitud en Egipto, seguidos de cuarenta años en el desierto, Dios los dirige hacia la tierra prometida, la cual les había entregado por heredad con el solo requisito de que ellos le fueran fieles guardando sus mandamientos. Debían también derrotar a sus enemigos que habitaban la tierra, expulsándolos.

Como todos ya conocemos el final de esta parte de la historia, el pueblo de Israel no cumple el propósito eterno de Dios, por lo que es necesario que Dios haga un nuevo pacto. Otra vez más tenemos que reconocer que el segundo intento de que se cumpla el propósito de Dios, no llega a cumplirse por causa de la rebeldía del hombre.

En ese intento de que el propósito de Dios sea cumplido, el pueblo de Dios, primeramente dirigido por Moisés y luego por el valiente Josué, libra numerosas batallas contra sus enemigos, obteniendo la victoria de la mano de Dios.

Pero siendo Josué ya viejo, entrado en años, Jehová le dijo: Tú eres ya

viejo, de edad avanzada, y queda aún mucha tierra por poseer (Josué 13.1).

Esta es la tierra que queda: todos los territorios de los filisteos, y todos los de los gesureos (vv. 2-6).

Así transcurren los hechos a través del tiempo y llegamos al momento de la batalla que enfrenta el pueblo de Dios contra los filisteos. El pueblo de Dios tenía una gran misión que cumplir. Una comisión que Él mismo le había encomendado. Había una tierra prometida que Dios le había entregado por heredad. Pero el pueblo de Dios debía luchar por ella, vencer al enemigo, y tomar posesión de ella.

La Gran Comisión

De la misma manera a nosotros hoy, como iglesia de Jesucristo, se nos ha entregado una Gran Comisión. Y esta comisión que nos fue dada no varía demasiado de la que le fue entregada al pueblo de Israel muchos siglos atrás. En realidad, como sabemos, los acontecimientos del Antiguo Testamento son sombra de los acontecimientos espirituales que deberían de ocurrir en épocas del Nuevo Testamento. Esta vez el Señor a nosotros nos da una tarea mucho más amplia, no solamente tenemos que conquistar un territorio específico como le fue encomendado a Israel, sino que nuestra misión es reconquistar toda la tierra para el reino de Dios. En otras palabras el Señor nos comisiona diciendo:

Id, y haced discípulos a todas las naciones (Mateo 28.18-20).

Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura (Marcos 16.15).

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra (Hechos 1.8).

Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin (Mateo 24.14).

Jesús mismo comenzó su ministerio terrenal diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mateo 4.17).

Nosotros, la iglesia de Jesucristo, somos el pueblo escogido por Dios desde antes de la fundación del mundo, el pueblo del nuevo pacto. «Somos linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios» (1 Pedro 2.9). Somos, a decir verdad, los que Dios ha establecido desde antes de la fundación del mundo para que cumplamos definitivamente el propósito eterno de Dios. Somos herederos de Dios. Heredamos los pactos y las promesas. Somos herederos de toda la bendición de Dios, en Cristo Jesús Señor nuestro. Entonces, somos nosotros, la iglesia del Señor, quienes alcanzaremos el cumplimiento de su propósito, establecido por Él mismo desde antes de la creación de todas las cosas.

Satanás ha entrado en este mundo con engaños y mentiras. Podemos decir que su característica principal es la rebeldía, y eso es lo que ha sembrado en el corazón del hombre. Por otro lado, el hombre en su acto de desobediencia a Dios, lo que en verdad ha hecho es entregarle el gobierno al diablo, por lo cual hoy es llamado el «príncipe de este siglo». Entonces el maligno, aprovechándose de la debilidad humana ha establecido su reinado sobre el sistema del mundo, sobre los hijos de desobediencia, los hombres y mujeres que le dan la espalda a Dios, no reconociéndolo como Dios y Señor de sus vidas. Su oficio es engañar y mentir. Aunque también dice la Escritura que vino: «para hurtar, matar y destruir» (Juan 10.10). Por todos los siglos esta ha sido su profesión. Aún, ha intentado engañar al mismísimo Hijo del Hombre. Pero con este no le fue bien, por el contrario, fue derrotado. Jesucristo vence al diablo en cada una de las tentaciones y termina tomando la victoria completa en la cruz. De esta manera, Jesús

recupera el reinado que estaba temporalmente en las manos de Satanás, al morir en la cruz como maldito y resucitar al tercer día de entre los muertos, como el bendito de Dios y bendito de las naciones.

¡El reino de Dios se ha acercado! Y está entre nosotros. Jesús fue quien venció al diablo y trajo el reino de Dios a la tierra. Hoy Jesucristo está sentado a la diestra de Dios el Padre con todo poder y autoridad. Jesucristo es el Señor ¡Jesucristo es el Rey! Entonces, en esta era del nuevo pacto, el propósito de Dios sigue siendo el mismo que en el principio: tener un gran pueblo para sí, que se multiplique y llene la tierra, todos y cada uno, habiendo recuperado la imagen y semejanza de Dios (Génesis 1.28; 9.1; 12.2; Romanos 8.29, etcétera).

Parafraseando estas enseñanzas y, especialmente, Romanos 8.29, podemos decir que el propósito eterno de Dios es tener una gran familia de muchos hijos iguales a Jesús. Y esta vez tenemos todas las garantías de la Palabra de Dios, que su propósito tendrá cumplimiento. Que comenzó a cumplirse con Jesucristo y será completado por su cuerpo, que es la iglesia. Y al final se presentará en toda la tierra y delante de Dios «una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante» (Efesios 5.27). Y entonces será el gran banquete, la gran fiesta, porque el propósito eterno de Dios se habrá cumplido. ¡Aleluya!

Quiero decirte querido hermano que este cumplimiento Dios no lo hará con unos pocos, los más destacados de entre las iglesias, los pastores, los líderes y algunos más. Dios quiere glorificarse con la totalidad de su cuerpo, lo hará a través de la multitud de sus santos, para demostrar que de verdad su propósito eterno se ha cumplido. Y para eso te ha escogido. ¡Amén!

La iglesia y su propósito

Pero regresemos a nuestros días. Dijimos que como iglesia de Je-

sucristo tenemos una Gran Comisión, que es completar la obra que comenzó nuestro Señor. Como hemos visto, el propósito de Dios no ha cambiado y sigue siendo el mismo, por lo tanto la misión es la misma. El Señor en este tiempo quiere recuperar todo lo perdido; el hombre en primer lugar, y luego con él, el gobierno sobre toda la tierra. Es por eso su mandato de que vayamos a todas las naciones y por todo el mundo con las buenas noticias de salvación.

Como Dios dijo a Adán, a Noé, a Abraham, a Moisés y a Josué, Dios también nos dice a nosotros: «Fructificad y multiplicaos, llenad la tierra». Jesús nos ha redimido y ha restaurado la imagen de Dios en nosotros, aunque aún estamos en proceso de seguir siendo transformados a su imagen (2 Corintios 3.18). Nos ha restaurado a una relación íntima y personal con Dios, tal como la tenía Adán en el principio. Entonces, ahora lo que resta es que tomemos posesión de la heredad que hemos recibido de parte de nuestro Padre Dios. Nos ha sido entregada la tierra por heredad, solamente que aún quedan enemigos en ella que han de ser derrotados y expulsados para que nosotros, el pueblo del Dios Altísimo, tomemos total posesión de ella.

Sabemos muy bien y no debemos confundir que nosotros hoy «no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 5.12). Entonces, tendremos que dejar bien en claro, por si hubiera entre nosotros algún distraído que no se entera, que nuestros enemigos no son personas, hombres, mujeres y niños; no son pueblos ni naciones; no son personas pertenecientes a ninguna comunidad religiosa, ni nada por el estilo. Y que nuestra lucha no es con armas nucleares, ni misiles, ni bombas. Nuestra guerra es espiritual y es contra Satanás y sus huestes de maldad. En todo caso, nuestra misión es rescatar a los hom-

bres de este mundo de las garras de esclavitud de Satanás. Nuestras armas de conquista para con el mundo son de paz, amor, salvación, sanidad y prosperidad. Y que nuestra conquista no es utilizando la fuerza sino presentando la verdad en amor y dejando que en cada persona opere el libre albedrío que le fue dado por Dios en su creación.

Podemos decir, pues, que estamos como el ejército de Israel, en vías de tomar posesión de la tierra prometida, en una guerra constante, librando batallas a cada momento. ¡Estamos sí, en una verdadera confrontación de poderes!

CAPÍTULO 2

Goliath, figura del islam

ASÍ ERA UN JOVEN como tantos otros, nacido y criado en un país musulmán. Por esta causa, podemos decir que profesaba su religión heredada de sus padres y abuelos. Como tantos jóvenes en el mundo estaba con muchas inquietudes en su corazón, un poco producto normal de su propia edad, pero acrecentadas por situaciones particulares que le había tocado vivir. Pude conocerlo cuando alguien me lo presentó y era entonces en esos días cuando él vivía cuestionamientos en lo más profundo de su corazón. Para entonces se encontraba residiendo con sus abuelos; su padre se había divorciado de su madre para casarse con su segunda mujer.

Por lo tanto su madre, para costear su propia vida, había tenido que trasladarse a otra ciudad para trabajar, y con ella había llevado a su otra hija más pequeña. Este joven, seguramente, había presenciado infinidad de veces escenas de violencia familiar. Cosa que no es fuera de lo común en estos países donde el mismo

Corán incita a los hombres a castigar a sus mujeres encerrándolas en sus habitaciones sin que puedan salir, y aún si fuera necesario, a castigarlas físicamente (Sura 4.34; Jadit 7.62-77).

Ni bien nos conocimos, él, muy abierto y sincero, comenzó a compartir conmigo aquellas inquietudes que tenía. De hecho, esta sura del Corán era uno de sus conflictos. ¡Cómo Dios podía haber mandado hacer semejante cosa! Él me preguntó si eso estaba bien, y qué pensábamos nosotros como cristianos acerca de estas cosas. A partir de sus inquietudes y deseos de conocer la verdad y así ser libre de esclavitud y ataduras, fue que pudimos compartir con claridad lo que la Palabra de Dios enseña. Comenzamos a juntarnos cada semana y él jamás se demoraba a una cita. No solo eso, sino que llegaba sediento y hambriento de la Palabra de verdad. Llegaba siempre con muchas preguntas y sin ningún tipo de introducción comenzaba a exponerlas buscando una nueva luz para su vida. Así estuvimos compartiendo por espacio de dos o tres meses hasta que por fin encontró la paz y la libertad de la salvación, reconociendo a Jesucristo como el Señor de su vida. Pero claro, esto no sin antes haber descubierto al gigante enemigo de su alma y con una decisión firme de derrotarlo. En poco tiempo más lo estábamos presentando a la iglesia, deseoso de bautizarse. Ya han pasado de esto casi dos años y por la gracia de Dios permanece firme en la fe y relacionándose con su nueva familia, que es la iglesia de Jesucristo en su ciudad.

Descubriendo al gigante

Volvemos en nuestras reflexiones para ubicarnos en los primeros versículos de 1 Samuel 17. El relato nos muestra a los dos ejércitos frente a frente dispuestos para la batalla. El ejército de los filisteos sobre lo alto de un monte. El ejército de Israel sobre lo alto de otro monte. Enfrentados, pero con el valle en medio de ambos. Se libra una gran batalla. Una gran confrontación de po-

deres. No es una luchita así nomás. Hay un ejército que pretende seguir avanzando en la conquista y otro que se planta en defensa de su territorio dispuesto a no dejarse conquistar, más bien con una intención de terminar de una vez por todas con esa amenaza constante.

Traslademos ahora esta figura al plano real y espiritual. Hay un enemigo, Satanás y sus huestes de maldad, que han vivido y gobernado por mucho tiempo en esta tierra y obviamente no quieren irse, ni soltar, ni entregar su gobierno. Es por eso que se planta y presenta resistencia. Y de cuando en cuando crea nuevas armas de efectiva defensa y ataque. Una de ellas ha sido de las más grandes y fuertes de todos los tiempos. Es una gran arma de ataque con la cual ha ido conquistando tierras que ya se podrían haber considerado como perdidas para él. Ha sido también una poderosa arma de defensa. Es como una gran fortaleza, una gran muralla. Ha sido, por supuesto, un arma de terror para muchos pueblos. Cualquiera que la ve se aterroriza, en verdad produce pánico.

Debemos ser muy sinceros y reconocer que aún hoy día sigue causando gran temor en muchos. Es como aquél paladín llamado Goliat, personaje destacado en la historia que nos ocupa, que se levantó de entre el ejército de los filisteos. Aquél era un tremendo gigante, dice la Escritura que medía como más de dos metros setenta de altura (v. 4). No era un gran bebé ni un chiquilín, era en verdad «un hombre de guerra desde su juventud» (v. 33). A más de esto, utilizaba una tremenda armadura. Y su lanza era como un rodillo de telar (v. 7). Para que tengamos una idea más clara, puedo decir que de los telares antiguos tradicionales que he podido conocer, su rodillo tiene un diámetro aproximado de entre diez y quince centímetros. Este gigante aterroriza y solamente su aspecto mete pánico. Es un fiero guerrero. Un bárbaro. Un hombre curtido por las guerras. Y como si esto fuera poco, sale y

provoca a sus adversarios, y los desafía constantemente (vv. 4-10).

Quiero aquí desarrollar un poco más algunas cualidades de este gigante Goliat, para que luego veamos el paralelismo con la religión musulmana. Leyendo el v. 16 podemos ver la persistencia de este gigante, enemigo del pueblo de Dios. Dice que: «Venía, pues, aquel filisteo por la mañana y por la tarde, y así lo hizo durante cuarenta días». La persistencia de este fiero enemigo era tremenda. Con su aspecto y su presencia, cada mañana y cada tarde durante un largo tiempo, se imponía y amedrentaba al pueblo de Dios. Y así lo hizo hasta el último momento. También los vv. 42-44 nos relatan de qué manera menospreció y desestimó a David que venía valientemente a pelear contra él. Lo menoscabó maldiciéndolo hasta el último momento, amenazándolo de muerte.

De igual manera el islam se ha levantado, desde su nacimiento en el siglo VII d.C., de la mano de su profeta Mahoma, como un gran gigante amedrentador, imponiéndose ante el camino de conquista de la iglesia de Jesucristo, deteniendo de alguna manera el avance del reino de Dios. Pero como hemos visto anteriormente, ¡la iglesia tiene una misión! ¡La iglesia es la expresión de Jesucristo! Y su misión es llevar esa expresión a todos los pueblos de la tierra. Es tomar posesión de la tierra prometida que Dios le entregó como heredad. Mateo 24.14 expresa lo que deberá ocurrir antes del final de esta era: «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones». Para gloria de Dios, reconocemos que el evangelio ha avanzado de manera gloriosa en distintos pueblos y naciones a lo largo de la historia y especialmente en los últimos tiempos. En algunos países es tremendo ver el crecimiento de las iglesias y cómo estas afectan a la sociedad, transformando vidas que estaban sin esperanza, en personas de gran utilidad. Todo esto es

para la gloria de Dios. Aunque debemos reconocer que como iglesia aún nos queda mucha tarea por realizar.

El desafío del islam

Nos detenemos aquí un momento para constatar que entre las naciones musulmanas aún no ha avanzado el evangelio de manera gloriosa. Una de las causas de tal realidad es que todavía un muy bajo porcentaje de misioneros cristianos están trabajando entre los casi cincuenta países islámicos y los más de mil doscientos millones de musulmanes en el mundo. Y que son muy, pero muy pocos, los obreros cristianos que están tratando de alcanzar con el evangelio a sus vecinos musulmanes en los países de Europa y América. El islam, por varios siglos, ha sido literalmente un gigante delante de la iglesia de Jesucristo. De alguna manera se ha parado impidiendo el avance del evangelio; primeramente, conquistando con la espada y por la fuerza distintos países y territorios que anteriormente habían llegado a ser cristianos, como por ejemplo los países de Medio Oriente, Norte de África y algunos de África Subsahariana. Y más adelante, cerrando sus fronteras, negando de esta manera a sus habitantes la posibilidad de que conozcan y elijan otra opción para sus vidas. Prohibiendo arbitrariamente y, en muchos casos, castigando con la muerte a algunos pocos que por la gracia de Dios conocían la verdad de Jesucristo y se atrevían a dejar el islam para confesarlo como el Señor de sus vidas. En general, los países que han abrazado el islam se han tornado en pueblos guerreros. Han mantenido sus antiquísimas costumbres, muy orgullosos de su raza y de su religión.

Un rápido pantallazo de las conquistas del islam con la espada y por la fuerza en los primeros años, luego de la muerte de Mahoma el 8 de junio de 632, nos darán una idea más concreta de los hechos acontecidos. Conquistas que fueron fruto de la proclamada yihad (guerra santa). En el año 647 los musulmanes conquis-

taron Chipre, en el 670 Túnez, y Kabul que pertenece a la actual Afganistán, en el 672 la isla de Rodas, y en el 677 Constantino-
pla. Continuaron conquistando gran parte del Norte de África en
el año 700, a España le llegó el tiempo en el 711, la frontera china
en el Turkestán en el 715, y Marruecos fue conquistada en el 722.
En unos pocos años más el islam se había extendido hasta el lími-
te occidental de China y hasta el sur de Francia. Fue entonces por
esos años que Damasco, ciudad de Siria, se convertía en la
capital del mundo islámico.

Actualmente el islam se encuentra involucrado en una con-
quista de occidente más sutil, especialmente en Europa y Norte-
américa. Como ejemplo de esto presentamos un informe editado
por el *Semanario Alba*, en España, el 14 de julio de 2005:

Francia encabeza el grupo de países europeos con mayor presencia
islámica, con casi seis millones de musulmanes, un diez por ciento de la
población. La siguen Alemania y Gran Bretaña con 4,1 millones y 1,5
respectivamente. En España se calcula que hay actualmente 800.000
musulmanes, con 117 mezquitas y centros de oración registrados, según
datos del Ministerio de Justicia, todavía muy por debajo de las cerca de
1.500 en Francia o Gran Bretaña.

Se trata, además, de una población desproporcionadamente joven,
pobre y parada [desempleada]. En Francia, por ejemplo, la mitad de los
parados y más de la mitad de los presos, son musulmanes.

Esto la convierte en excelente caldo de cultivo para los grupos
extremistas. Así, en Holanda, tras los atentados del 11-S, el semanario
Contrast realizó una encuesta según la cual casi la mitad de los
musulmanes holandeses estaban muy satisfechos con los ataques.

En el mismo sitio se puede leer el siguiente enunciado: «En Gran
Bretaña ya se practica más la fe musulmana que la anglicana». O
como también lo expresa la periodista italiana Oriana Fallaci en
su último libro *La fuerza de la razón*: «Bienvenidos a Eurabia
[...] Europa es cada vez más una provincia del islam, una colonia
del islam».

Ante tal realidad, la iglesia de Jesucristo enfrenta hoy un gran desafío. Es como un fiero gigante que nos provoca y menosprecia, constantemente. Está deteniendo el avance del evangelio, y lo ha venido haciendo por más de mil trescientos años. Es un espíritu de anticristo manifiesto.

En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo (1 Jn. 4.2-4).

Habiendo hecho esta frontal declaración, deberíamos dejar bien aclarado que al decir que el islam es un espíritu de anticristo, nos estamos refiriendo al islam como religión, como filosofía de vida, o ideología; que su mismo nacimiento está plagado de episodios confusos. Y por supuesto, en ningún momento estamos refiriéndonos a las personas musulmanas, como hombres y mujeres, víctimas de la esclavitud de este espíritu. Por lo tanto, deberemos hacer bien esta separación: una cosa es el espíritu del islam como religión y otra cosa muy diferente son las personas que engañadas practican esta religión. Son hombres y mujeres, como cualquiera de nosotros, que precisan del amor salvador de Jesucristo y el perdón de sus pecados. De hecho, Jesucristo al entregar su vida en la cruz como sacrificio por el pecado del hombre, lo estaba haciendo también por los millones de personas que hoy son presas de este engaño. Personas que al igual que nosotros, como dice la Palabra en Efesios 2.1-3:

Estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, al espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales todos nosotros vivimos

en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo los deseos de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

También valdrá la pena decir que estamos hablando del islam como una de las armas mas eficientes que Satanás ha creado, pero que por supuesto no es la única, y que como esta, ha creado muchas otras también eficientes en occidente, como la actual filosofía de la nueva era, humanista, sincretista y consumista.

Pero digamos con total sinceridad, ¿cuál ha sido en general, hasta ahora, la actitud de la iglesia ante semejante desafío? Me atrevo a decir y a confesar que la iglesia ante el desafío del islam, ha estado como el ejército de Israel delante de Goliat:

Oyendo Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo, se turbaron y tuvieron gran miedo (v. 11).

Y todos los varones de Israel que veían aquel hombre huían de su presencia, y tenían gran temor. Y cada uno de los de Israel decía: ¿No habéis visto aquel hombre que ha salido? El se adelanta para provocar a Israel. Al que le venciere, el rey le enriquecerá con grandes riquezas, y le dará su hija, y eximirá de tributos a la casa de su padre en Israel (vv. 24-25).

No me atrevo a afirmar que la iglesia haya estado en gran temor, pero sí puedo asegurar que de alguna manera se ha turbado y se ha preocupado, como lo ha hecho Saúl ante el gigante (v. 25). Y en el peor de los casos, ha estado mirando para otro lado como ignorando al enemigo.

Al llegar a este punto del relato quiero destacar una actitud generalizada que ha estado en la iglesia de Jesucristo, salvando honrosas excepciones. Me llama muchísimo la atención lo que expresa en los vv. 19-21:

Y Saúl y ellos y todos los de Israel estaban en el valle de Ela, peleando contra los filisteos. Se levantó, pues, David de mañana, y dejando las ovejas al cuidado de un guarda, se fue con su carga como Isaí le había

mandado; y llegó al campamento cuando el ejército salía en orden de batalla, y daba el grito de combate. Y se pusieron en orden de batalla Israel y los filisteos, ejército frente a ejército.

Es en verdad un pasaje muy bonito, que nos puede hablar del trabajo y disposición del pueblo de Dios por cumplir su cometido. Da la impresión de un ejército valiente y heroico en pleno combate. Sin embargo, ya hemos leído con anterioridad el contexto de este pasaje. En el v. 11 vemos al ejército turbado y con gran temor. En el v. 16 lo vemos al gigante viniendo a desafiar al ejército de Israel, por la mañana y por la tarde durante cuarenta días. Acabamos de ver lo que ocurre luego, en los vv. 24-25, cómo los varones de Israel, cuando veían a aquel hombre, huían de su presencia y tenían gran temor. Entonces, habiendo considerado el contexto de este pasaje, me provoca una gran sorpresa, y se enciende en mí un gran signo de interrogación y de admiración, al leer en el v. 19 que: «Saúl y ellos y todos los de Israel estaban [...] peleando contra los filisteos» (¡¿!?). ¿Que Israel estaba peleando? ¿Que se ponía en orden de batalla y daba grito de guerra? Pero si ya vimos que ¡estaban muertos de miedo! Aterrorizados. Nadie se atrevía a enfrentar al enemigo. Y no solo eso, sino que ¡el pueblo de Dios aceptó las reglas de juego del enemigo! Fue Goliat quien se paró delante del ejército de Israel y les dijo cómo iba a ser la batalla, dando voces y rugiendo (vv. 8-10). El enemigo puso las leyes y el pueblo de Dios, turbado y temeroso, las aceptó sin chistar.

Querido hermano, estoy interpretando estas verdades mientras escribo las presentes reflexiones, durante el vuelo que me lleva desde San Francisco a Boston, en medio de otras personas que están a mi alrededor, y te puedo asegurar que produce en mí tremenda indignación. Al entender esto me inunda una mezcla de sentimientos encontrados. Gratitud y gozo por la revelación de Dios para comprenderlo. Pero por otro lado, frustración, porque

como pueblo de Dios por mucho tiempo hemos aceptado las normas de juego que nos dictó el enemigo. Y hasta nos las hemos creído. Como si fuera poco, también las hemos proclamado como grandes verdades. Es así que el sentimiento final, lleva a mi corazón a latir con más fuerza; y me lleno de coraje, me uno a David y casi puedo gritar con él:

¿Quién es este filisteo incircunciso, para que provoque a los escuadrones del Dios viviente? (v. 26).

¿Cómo no nos dimos cuenta antes? La iglesia ha estado hasta este momento muy temerosa ante semejante gigante y hemos aceptado sus normas de juego. Hemos aceptado, hemos creído y hemos proclamado como verdades las mentiras y engaños del enemigo. El islam ha dicho por siglos que está cerrado al evangelio. Ha dicho que los musulmanes jamás reconocerán el señorío de Jesucristo. Ha dicho que es muy difícil, casi un imposible establecer la iglesia entre ellos. Ha dicho que la obra de Dios es muy difícil y que solo podremos ver frutos a muy largo plazo. Ha dicho que para que un misionero cristiano entre ellos pueda ver a uno o dos musulmanes venir a los pies de Cristo, tiene que pasar entre cinco y diez años.

Ha dicho estas y otras mentiras más, que nosotros nos las hemos creído. Y no solo las hemos creído, las aceptamos, las hemos vivido, y las hemos proclamado a los cuatro vientos como grandes verdades.

ORACIÓN: Padre Dios, por favor, te rogamos que nos perdones. Perdónanos el haberle creído más al diablo que a Ti. Perdónanos haber sido sus instrumentos, proclamando sus mentiras. Padre, ten misericordia de nosotros, tu pueblo; no nos tengas en cuenta este pecado. Y por favor, ayúdanos a que haya en nosotros un verdadero arrepentimiento. Ayúdanos, Espíritu Santo, a cambiar de actitud. Espíritu Santo, gracias por revelarnos la verdad de Jesucristo.

Enséñanos a conocerte cada día más. Y a vivir en la verdad y proclamarla. ¡Amén!

Desafiados para testificar la verdad

Algunas iglesias en los Estados Unidos han estado con una gran preocupación, sintiéndose de alguna manera, como país, invadidos y acosados por el crecimiento del número de musulmanes en sus comunidades. Un crecimiento causado en gran parte por la inmigración desde los distintos países islámicos; pero también, porque principalmente un significativo número de afroamericanos y otros tantos hispanos están siendo captados por musulmanes. Este fenómeno también se está dando en otros países europeos, como España, Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Holanda, etc., como hemos podido ver.

Amados hermanos, queridos consiervos, comencemos entonces a creerle a Dios. ¡Seamos verdaderamente creyentes! Ya no vivamos presos del temor y de las excusas. Dejemos de decir que actuamos con sabiduría, cuando en realidad estamos siendo controlados por el temor. Comencemos a llamar a las cosas por su nombre. Por ejemplo, hablamos de actuar con sabiduría y nos hemos estado engañando a nosotros mismos. Déjame decirte que testificar de Cristo a otros con sabiduría, incluidos los musulmanes, no es a quién le testifico y a quién no. Tampoco es a este todavía no, porque recién lo conozco.

Testificar con sabiduría es tener una palabra de Dios específica para cada persona. Como las tuvo, por ejemplo, Jesús para con Nicodemo, o con la mujer samaritana, o el joven rico. Pues el Señor nos manda con total claridad, a que: «Prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina» (1 Timoteo 4.2). ¡Amén!

O como fue el llamado de Dios al profeta Ezequiel:

Yo, pues, te envío a hijos de duro rostro y de empedernido corazón; y

les dirás: Así ha dicho Jehová el Señor. Acaso ellos escuchen; pero si no escucharen, porque son una casa rebelde, siempre conocerán que hubo profeta entre ellos. Y tú, hijo de hombre, no les temas, ni tengas miedo de sus palabras, aunque te hallas entre zarzas y espinos, y moras con escorpiones; no tengas miedo de sus palabras, ni temas delante de ellos, porque son casa rebelde. Les hablarás, pues, mis palabras, escuchen o dejen de escuchar; porque son muy rebeldes. Mas tú, hijo de hombre, oye lo que yo te hablo; no seas rebelde como la casa rebelde; abre tu boca, y come lo que yo te doy (Ezequiel 2.4-8).

Entonces, comencemos a proclamar las verdades de Cristo. El islam, cual un arma de Satanás, ha querido detener el cumplimiento del propósito eterno de Dios, ha querido detener el avance del reino de Dios, lo que implica retrasar el regreso de nuestro Señor Jesucristo y por ende el final de todos los tiempos. Y de alguna manera lo ha logrado. Por lo menos ha logrado distraernos. Los líderes religiosos y los gobiernos de los países musulmanes han decretado la prohibición de que sus ciudadanos abandonen la fe islámica para abrazar el cristianismo. Han decretado la prohibición del ingreso de obreros cristianos a sus fronteras.

Pero, iglesia del Señor, declaremos con fe y con autoridad, en el Nombre que es sobre todo nombre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de señores y Rey de reyes, que aunque gobiernos se levanten y prohíban la predicación del evangelio, aunque reyes o presidentes quieran impedir que se predique el evangelio de salvación y de paz, aunque el mismo Satanás quiera impedir el establecimiento de la iglesia de Jesucristo entre los países islámicos; absolutamente nada ni nadie podrá detener la predicación del evangelio del reino de Dios, «porque [el evangelio] es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (Romanos 1.16). Y aún más: «La palabra de Dios no está presa» (2 Timoteo 2.9). ¡Aleluya!

Deseo compartir una palabra de exhortación para unos cuantos de nosotros, los que de alguna manera estamos involucrados

en la obra misionera, y más específicamente enfocados hacia los pueblos aún no alcanzados por el evangelio. Espero no causar molestias y que nadie se sienta ofendido. Solo es mi anhelo que como iglesia del Señor despertemos a la realidad de Jesucristo, a la realidad bíblica, la realidad espiritual, la realidad del reino de Dios; para que nos extendamos de esta forma, al cumplimiento del propósito eterno de Dios, acelerando así el tiempo del regreso glorioso de nuestro amado Señor Jesucristo.

Querido hermano que estás dedicado con ahínco a la promoción de las misiones entre el pueblo de Dios: por favor, te encarezco que revises lo que transmites a las iglesias que poco conocen de la realidad de las naciones más allá de sus propias fronteras. Ten cuidado de no estar dando testimonio de lo que el enemigo ha querido establecer como las reglas del juego. Testifica, por favor, las verdades de Jesucristo. Su impresionante poder y su grandeza. Y su deseo de que, de una vez por todas, sus propósitos preparados desde antes de la fundación del mundo sean cumplidos.

Querido hermano, que con gran vocación estás dedicado a formar y capacitar misioneros, especialmente aquellos que luego irán a servir a Dios entre naciones musulmanas: ten cuidado de lo que enseñas, y de qué es lo que estás edificando en otros. Ten cuidado de no estar formando un ejército temeroso, que ante las circunstancias o lo que ven sus ojos naturales, prontamente se turba y se preocupa. Por favor, cuida de estar formando hombres y mujeres creyentes de verdad, que tienen un conocimiento experimental de su Dios y que le creen en todas sus palabras y promesas. Ayuda a esos hombres y mujeres de Dios a que puedan reconocer sus dones espirituales que les fueron entregados por gracia, y que aprendan a usarlos de tal manera que ofrezcan a Dios un servicio cada vez más excelente.

Querido consiervo en la obra del Señor, colega misionero que

estás en el campo de labor: por favor, revisa qué cosas estás creyendo y cuál es su procedencia. No proclames, no enseñes nada que no provenga de la boca de Dios. Solo proclama lo que esté de acuerdo a las Escrituras y al Espíritu Santo que las inspiró. Pues, «la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Romanos 10.17). Y «todo lo que no proviene de fe, es pecado» (Romanos 14.23). No sea que tú también hayas sido engañado por el enemigo, poniendo tus ojos en las cosas naturales y terrenales. Recuerda que tu Dios es sobrenatural, su poder es sobrenatural y la obra que te encomendó también es sobrenatural. No podemos y ni siquiera intentemos, hacer la obra de Dios con nuestras fuerzas y conocimientos naturales; porque seguro que los resultados que obtendremos serán fracaso y frustración. Entonces, deja ya de depender de lo que ven tus ojos naturales. Conoce a tu Dios todopoderoso y créele, confía en Él y permítele manifestarse a través tuyo.

Pueblo de Dios, ¡ya basta de testificar para el diablo! Seamos llenos del poder del Espíritu Santo y testifiquemos del Cristo resucitado hasta lo último de la tierra (Hechos 1.8), incluyendo los países musulmanes. Creámosle más a Dios, vivamos en plena dependencia del poder y la guía del Espíritu Santo. Creamos las verdades absolutas de Dios y no creamos en los engaños del enemigo. ¡Jesucristo es el Señor! Él es victorioso y ha vencido a Satanás. Y nosotros, por su gracia y poder: «somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó» (Romanos 8.37). No olvidemos jamás que en Cristo somos: «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pedro 2.9).

CAPITULO 3

David, el ejemplo

SAID ES OTRO JOVEN que conoció al Señor y de una manera preciosa se afirmó prontamente en su nueva fe cristiana. Había creído en su corazón que Dios levantó a Jesucristo de entre los muertos al tercer día, y estaba confesando con su boca que Jesús es el Señor. Un joven muy humilde y muy sencillo, pero con una fe como de verdaderos gigantes. Desde los comienzos mismos de su nueva fe, y sin tener demasiado conocimiento de las Escrituras y enseñanzas bíblicas, él daba testimonio de que era cristiano, de acuerdo a las cosas maravillosas que estaba experimentando en su propia vida. Esto por supuesto, pronto le trajo problemas no fáciles de resolver. Pero esos problemas no lo hicieron retroceder ni desistir de lo nuevo que estaba viviendo y experimentando en su propia vida.

Uno de los más grandes problemas que tuvo fue en su propia casa. Principalmente, sería su hermano mayor quien más resistencia le presentaría. Poniéndose muy firme y usando de la gran

influencia que tenía sobre sus padres, consiguió que Said finalmente fuera echado de su propia familia por causa de su nueva fe. Él sabía bien en quién había creído, así que eso ni siquiera lo hizo tambalear en su fe. Más bien todo lo contrario, estas pruebas lo afirmaron mucho más. De esta manera pasó algunos meses fuera de su casa, viviendo en un lado y en otro, siempre en casas de sus nuevos hermanos. Después de algún tiempo, su madre no soportó más tener a su hijo menor fuera de casa, sin saber mucho acerca de él. Así fue que un día lo mandó a buscar, y él volvió. Llegaron a un acuerdo para que Said volviera a su hogar. Aunque ya no sería como antes, ahora le habían dado una pequeña habitación fuera de la casa, separada de los demás miembros de la familia. La relación siguió por un buen tiempo un poco tirante, principalmente con su hermano mayor. Pero finalmente él volvió a su casa para completar el testimonio de vida que había comenzado a dar unos cuantos meses atrás.

Se ve que esta fe sencilla y sincera que tenía este joven, una fe que lo mantuvo persistente en sus convicciones y de esta manera pasando las adversidades con gozo y paz en su corazón, fue lo que trajo un poco de luz al corazón de su hermano mayor que tanto le había resistido anteriormente. Esta luz puso dudas en su corazón acerca de su fe musulmana. Él mismo dio testimonio diciendo que en esos días en que su hermano se había hecho cristiano, él se había propuesto con mayor empeño, hacer todas las oraciones y afirmarse más en su religión islámica. Pero cada vez que se ponía en oración, se sentía vacío, sin retorno. Eran como palabras que salían de su boca sin llegar a ninguna parte y sin tener luego respuesta alguna. Era solo algo ritual y mecánico. Finalmente, un día llamó a su hermano menor y le pidió que trajera su Biblia, mientras él tenía su Corán. La propuesta era que compartirían acerca de la fe de ambos, en respeto mutuo, con la intención de que ambos llegaran a una comprensión y convencimiento

de cuál era el verdadero camino. Luego de este encuentro, el hermano de Said estaba entregando su vida a Jesucristo, y a los pocos meses también su esposa lo acompañó en la nueva fe.

Entonces ahora, un matrimonio completo estaba comenzando una nueva vida de amor, fe y esperanza, experimentando la gloriosa mano de Dios sobre sus vidas. Relacionándose con otros cristianos más, están creciendo y recibiendo edificación en la pequeña congregación de la ciudad en que viven. Y todo esto porque un joven creyó a Dios en Jesucristo, con una fe sencilla y persistente. Una fe para la extensión. Por lo menos así lo experimentó el joven Said. Para gloria de Dios.

La sencillez de David

Teniendo en cuenta que el ejército de Israel y Saúl, su rey, estaban en gran temor y preocupación, es importante que destaquemos aquí que el miedo es un muy mal consejero. El miedo acarrea consigo otras tremendas consecuencias. Con este, entra la desolación y la desesperanza. Muchas veces hace perder el rumbo y la capacidad de superación y crecimiento. El miedo trae estancamiento. Llega la frustración y cuando, cargados de temor, las personas con estas características se ponen a mirar al gigante —que de verdad en este caso es un fiero gigante—, con toda seguridad los inunda un sentimiento de inferioridad, menoscabo y a esto le sigue la autoconmiseración. De todas estas cosas, la raíz, por supuesto, es siempre el orgullo. Recordemos que el miedo llega al hombre por primera vez, con la misma entrada del pecado (Génesis 3.10). Deberíamos decir también, para no olvidar, que el miedo es una manifestación de la falta de confianza en Dios. Es también manifestación de la falta de una relación amorosa con Él, pues dice: «En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el

amor» (1 Juan 4.18). Entonces, cuando estas cosas están presentes en el pueblo de Dios, como en este relato, ocurre que el peor enemigo no es externo (como podrían ser en este caso Goliat o el ejército de los filisteos) sino que es interno. El miedo que se ha instalado en las mentes y corazones resulta ser el peor enemigo a enfrentar y a vencer. El primer enemigo es un enemigo interno.

Otro enemigo a vencer será el miedo instalado en otras personas que están cerca de nosotros. Aquellos que estamos intentando vivir en la plena voluntad de Dios, en dependencia absoluta del Espíritu Santo y en fe en su Palabra, en muchas ocasiones debemos superar las contradicciones de los mismos hermanos que están siendo controlados por ese espíritu de temor. Como podemos ver en el caso de David con su hermano mayor, relatado en el v. 28. Para sorpresa nuestra, al leer este pasaje vemos que quien intenta detener a David no es otro sino su propio hermano mayor, quien se enojó mucho con él, no lo entendió y como si fuera poco también lo acusó.

Y oyéndole hablar Eliab su hermano mayor con aquellos hombres, se encendió en ira contra David y dijo: ¿Para qué has descendido acá? ¿y a quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto? Yo conozco tu soberbia y la malicia de tu corazón, que para ver la batalla has venido.

El temor es lo que hizo enfurecer a Eliab. Vemos aquí un ejemplo de lo que puede producir el miedo en una persona y cuánta contradicción puede sembrar en alguien que de verdad desea hacer la voluntad de Dios. Cuán contradictorio y, en muchos casos, causa de estorbo, puede ser alguien cargado de temor, para el cumplimiento de los planes de Dios. Cuando el temor se instala en una persona no le permite vivir en libertad para hacer la voluntad de Dios, y no sólo que él mismo no obra con libertad sino que también impide a otros que intentan hacerlo. O como en el caso de Eliab con David, les resisten; y se cumple el dicho popular: no viven ni dejan vivir.

También en algunos casos habrá que superar las palabras de desánimo de algunos líderes que tienen muy poca visión, y en quienes el temor se ha instalado en sus corazones. Es lo que podemos ver también en el v. 33, el ejemplo del rey Saúl cuando intenta detener a David desanimándolo:

Dijo Saúl a David: No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud.

David al llegar al campamento se sintió desafiado. Seguramente ya el Espíritu Santo lo estaba inquietando, entonces comienza a preguntar qué es lo que está pasando. David, lleno del Espíritu Santo, no daba crédito a lo que estaba viendo y escuchando, por lo que se sentía cada vez más desafiado. El héroe de esta historia ya es conocido por todos y no necesitaría presentación, pero dado el tema que estamos tratando, vamos a detenernos para describir unas cuantas de las muy buenas cualidades de nuestro amigo, por entonces, todavía pastor David.

Para empezar digamos que era un joven sencillo e inocente. Tal es la actitud que el Señor demanda de nosotros cuando nos dice: «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18.3). Era un joven pastorcito que responsablemente apacentaba cada día las ovejas de su padre.

En el país donde vivo por la gracia y llamamiento de Dios, es muy importante la cría de ovejas; y aún en el siglo XXI se realiza a la manera antigua, como probablemente era la usanza de David. Cuando realizamos nuestro trabajo, cada vez que vamos al campo o nos desplazamos de una ciudad a otra, podemos ver una gran cantidad de pastores a los costados de los caminos. Son muchas veces adolescentes que se pasan las horas del día cuidando de sus rebaños. Podemos ver a algunos de ellos solos, sentados sobre una piedra o debajo de un árbol, quizás un almendro o un

olivo. Posiblemente alguno se distrae haciendo dibujos en la tierra con un palito, o algo así.

Todo este comentario solo para destacar que en verdad son personas muy sencillas. Probablemente con muy poca o ninguna formación académica. Y también así era David. El llamado de atención para nosotros hoy es, que seamos sencillos. No perdamos la sencillez. Seamos como niños. Mantengámonos en humildad. No nos compliquemos con cosas demasiado sofisticadas o extravagantes. Las cosas de Dios son sencillas. Dios demanda de nosotros una fe sencilla. Por lo tanto, nuestra vida con Dios debe ser sencilla.

David, el creyente

David era también, intrépido y creyente. Y aquí quiero destacar la palabra *creyente*. David era un creyente de verdad. Y esta palabra difiere mucho en el concepto con el que en las iglesias evangélicas hoy en día se les llama a sus miembros.

La costumbre hoy es llamar *creyente* a todos los cristianos, porque la idea es que creen en Dios. Entonces se utiliza la palabra creyente como sinónimo de cristiano. Pero erramos al hacer esta afirmación, pues no se es creyente simplemente por creer *en* Dios. De esta manera, el diablo también cree que hay Dios y no por eso es cristiano ni creyente (Santiago 2.19). Todos nos llamamos a nosotros mismos creyentes. Con esta idea decimos que el ejército de Israel que estaba temblando de miedo junto a su rey Saúl, sin saber qué hacer frente al gigante que se había parado delante de ellos para desafiarlos, también eran creyentes, pues eran el pueblo de Dios. Pero había una gran diferencia entre David y el resto del pueblo.

Deberíamos restaurar de su mal uso la palabra *creyente*, para afirmar que se trata de alguien que no solo cree que Dios existe, sino que le cree *a* Dios. Cree toda su Palabra, cree todas sus pro-

mesas y vive por ellas. A Tomás, uno de los doce, el Señor le dijo: «No seas incrédulo, sino creyente» (Juan 20.27). Tomás no estaba siendo creyente. Creía *en* Jesús, pero no estaba creyendo *a* Jesús, no estaba creyendo las palabras que Él había dicho. Habiendo dado las explicaciones necesarias acerca de ser creyentes, volvemos a David para afirmar que él sí era verdaderamente un creyente, pues conocía y creía a Dios. Y por lo tanto, vivía en la fe de Dios.

Cuando somos verdaderamente creyentes, nunca estamos solos pues contamos en todo tiempo con la grata compañía del Señor en nuestras vidas, en todo lugar y en todo tiempo. Nos sentimos realmente respaldados en todo lo que emprendemos. Y no somos amedrentados por los desafíos que se nos presentan, más bien los tomamos como una gran oportunidad para que el poder de Dios sea manifestado a través de nuestras vidas. Como podemos ver en el ejemplo de David en el v. 26, al notar lo que estaba ocurriendo en el campamento preguntó a los que estaban cerca de él:

¿Qué harán al hombre que venciere a este filisteo, y quitare el oprobio de Israel?

David no se atemorizó ni se amedrentó ante el tremendo desafío de tener que enfrentar a semejante fiero enemigo. Él vio en primer lugar que Israel, su propio pueblo, estaba en oprobio y vergüenza. Vio también la realidad de que nadie de los suyos, aun siendo hombres entrenados para la guerra, se animaba o disponía delante de Dios para vencer la dificultad y sacar al pueblo de Dios victorioso. No sólo que no se amedrentó ni se atemorizó, sino que vio en Goliat una gran oportunidad para que el poder de Dios se manifestara a través de su vida.

David, viendo el oprobio de su pueblo y reconociendo la gran oportunidad de manifestar el poder de Dios, se llena de un senti-

miento de gran coraje. Es lo que podríamos llamar como una ira santa, y también desafía con mucha valentía e intrepidez, diciendo en el mismo v. 26:

¿Quién es este filisteo incircunciso, para que provoque a los escuadrones del Dios viviente?

Cuando un hijo de Dios tiene muy claros sus principios de vida, y ha comprendido por revelación cuál es el propósito eterno de Dios, este se transforma en su propia meta principal, en aquello para lo cual pone su vida y la gasta. Vive para eso y no se distrae con otras cosas de menor importancia. Ha descubierto el reino de Dios y lo vive cada día de su vida. Ha entendido el señorío de Jesucristo, que si bien Cristo es Salvador, más que eso, ¡es el Señor! Quiero explicar brevemente esta palabra «Señor», que se traduce del vocablo griego *kyrios*, y su aplicación a nuestro idioma es muy amplia. El pastor Jorge Himitián desarrolla este tema con mucha claridad en su libro *Jesucristo es el Señor*, cuando dice:

De modo que cuando alguien confiesa: «Jesucristo es mi Señor, mi *kyrios*», está diciendo: «Es mi jefe, el que manda en mi vida; es también mi dueño, mi patrón, mi propietario; yo soy suyo. Todo lo que soy y tengo pertenece a Jesucristo; él es mi amo». [...] Además, Señor significa soberano, el que está sobre todo. Nada escapa a su control. Él rige y es la máxima e indiscutida autoridad.

¡Cuánto quisiera que todos nosotros fuéramos, como David, verdaderos creyentes reconociendo el señorío de Jesucristo en nuestras vidas! ¡Que conozcamos bien la Palabra de Dios, la creamos de todo corazón y verdaderamente vivamos por ella!

Déjame decirte, querido hermano, que para ser verdaderos creyentes, o mejor dicho verdaderos discípulos de Jesucristo, debemos conocer bien la Palabra, «todo el consejo de Dios» (Hechos 20.27). Debemos conocer, según las mismas palabras de Jesús: «todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28.20). Aho-

ra bien, no solo debemos conocer la Palabra; debemos obedecerla, vivirla, encarnarla. Si tú eres un creyente es porque has conocido la Palabra, la has creído de todo tu corazón y la vives.

Mas el justo por la fe vivirá (Romanos 1.17).

Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios (v. 10.17).

También Santiago expresa muy claramente que lo que sigue a la fe es la obediencia que ejecuta las obras. Lo explica diciendo:

Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? [...]. Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras (Santiago 2.14, 17-18).

Entonces, a la Palabra, primeramente la conocemos y la creemos; luego la obedecemos y la vivimos. Y el ciclo se cierra cuando la enseñamos a otros. Pero siempre debe ir en este orden: conocer, creer, obedecer, enseñar.

Nuestro Señor Jesús nos dejó el mandato de ir y hacer discípulos a todas las naciones, «enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28.20). Y el apóstol Pablo también deja bien claro para todos nosotros, que debemos enseñar a otros lo que hemos aprendido, y que por consiguiente también hemos creído.

Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros (2 Timoteo 2.2).

David había conocido a Dios, por lo tanto, también le creía con una fe muy sencilla pero efectiva a la vez. No se enredaba con cuestionamientos o razonamientos humanos. Y como consecuencia, el temor no tenía cabida en su mente y corazón. Tomemos ejemplo de él.

La verdadera fe nos hace persistentes

Cuando nosotros somos verdaderos creyentes, como lo era David aún siendo un joven y sencillo pastor de ovejas, no hay nada que pueda hacernos desistir de nuestros principios de vida. Principios espirituales, principios que son las leyes del reino de los cielos, en el cual estamos desde el día que hemos entregado las riendas de nuestra existencia a Jesucristo y lo hemos reconocido como el Señor de nuestras vidas. El vivir en el reino de Dios nos da claridad para ver que poseemos muchas cosas que antes no teníamos y que muchos de los mal llamados creyentes, aún hoy no tienen. La fe, querido hermano, te da seguridad. Tú edificas tu vida y ministerio sobre una roca firme que es Jesucristo. No edificas sobre tus razonamientos o sobre lo que ven tus ojos y siente tu corazón. No olvides que: «Engañoso es el corazón, más que todas las cosas, y perverso» (Jeremías 17.9). La verdadera fe da sentido y pone rumbo a tu vida. Y de esta manera ya no somos «niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina» (Efesios 4.14). No somos movidos por las circunstancias. Antes bien, somos regidos por la Palabra de Dios. No son las circunstancias quienes dirigen nuestras vidas sino que vivimos bajo el gobierno de Dios. Y no hacemos demasiado caso de lo que ven nuestros ojos naturales sino que dependemos de lo que Dios dice.

De esta manera vivía David. En primer lugar, él no se dejó amedrentar por el gigante. Y en segundo lugar, no se dejó detener por los otros —mal llamados creyentes, incluidos sus hermanos—, cuando intentaron pararlo. Es que veían que David se proponía hacer algo ilógico. Algo que, a los ojos de ellos, era absolutamente seguro que no iba a dar resultados. Era una derrota anticipada. Era un imposible. Un suicidio. Y eso, humanamente, justifica el gran enojo de su hermano mayor y su intento por detenerlo. Podemos ver esta actitud de Eliab, el hermano de David, en el siguiente pasaje:

Y oyéndole hablar Eliab su hermano mayor con aquellos hombres, se encendió en ira contra David y dijo: ¿Para qué has descendido acá? ¿Y a quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto? Yo conozco tu soberbia y la malicia de tu corazón, que para ver la batalla has venido.

El pobre David iba a cometer una gran locura. Era someter su vida ante semejante enemigo, por salvar el prestigio de su pueblo, por sacarlo del oprobio que estaba pasando. De alguna manera era una locura, como también fue una locura la decisión de Jesús, el Maestro, cuando fue a enfrentar la cruz sin prestar oposición. Los soldados vinieron a buscarlo para prenderlo y crucificarlo, y Él ni siquiera intentó defenderse o escapar. Se estaba cavando su propia fosa. Se entregaba al fracaso. Todo el pueblo de Israel confiaba en que Él sería quien los libraría de la opresión del imperio romano. Tenía razón Pedro (al igual que Eliab con David), y era lógico estar preocupado y tratar de disuadirlo, cuando anunció que le era necesario ir a Jerusalén para morir:

Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca (Mateo 16.22).

Pero la respuesta de Jesús no se dejó esperar:

Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Mateo 16.23).

—Pedro, no estás poniendo tu mira en las cosas de Dios. Estás siendo muy lógico. Estás actuando muy racionalmente.

—Eliab, no estás poniendo tu mira en las cosas de Dios. Es lógico lo que dices y pretendes. Te felicito por esa buena actitud de querer defender a tu hermanito menor. Pero, ¿es eso lo que Dios desea? ¿Es esa la voluntad de Dios?

Esto es lo que verdaderamente importa. Amado hermano, ¿estás poniendo tu mira en las cosas de Dios? ¿O estás actuando ló-

gica y racionalmente? Dios nos guarde y nos ayude para que no bajemos nuestra mirada de Él.

Alguno, ante la oposición, como la de Eliab a David, rápidamente hubiera desistido de su proyecto. David podría haber dicho: «Es verdad, tal vez me dejé llevar por mis impulsos. Tiene razón mi hermano mayor, mejor me voy a ocupar de lo mío que son mis ovejas y que cada cual se las arregle como pueda».

Mas David no actuó así. Por el contrario, él era un verdadero creyente, él le creía a Dios. Y vivía por fe. Vivía en el reino de Dios. Se dejaba guiar por el Espíritu Santo. Y tal era lo que estaba ocurriendo en ese momento. El Espíritu Santo ponía claridad en sus ojos, por eso él no estaba mirando las circunstancias o la lógica, sino que estaba mirando con los ojos de Dios y viendo lo que en verdad Dios veía.

Queridos, no hay gigante que nos pueda mover o que nos haga amedrentar, porque: «Vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (1 Juan 4.4).

Entonces, aunque haya adversidades, y estas perduren por un espacio de tiempo bastante prolongado, si hay verdadera fe en nosotros, persistiremos hasta el final. Nada nos hará desmayar ante las dificultades porque conocemos a nuestro Dios, que nos sustenta y nos guarda. Y sabemos que Él es galardonador de los que le buscan.

Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis (Jeremías 29.11).

Pasando las adversidades

Eliab, el hermano mayor de David, no lo entendió. Por el contrario, se enojó mucho con él y como si esto fuera poco, también lo acusó y lo juzgó. Le dijo algo como: «¿A qué has venido? No te

metas en lo que no te corresponde. Métete en tus asuntos, vete a cuidar a las ovejitas». Pero con todo esto no pudo detenerlo. David tenía una visión y por ella se movía. Era un hombre de convicciones muy claras y profundas. Entonces, dice el relato que: «Apartándose de él hacia otros, preguntó de igual manera; y le dio el pueblo la misma respuesta de antes» (v. 30). Tampoco fue detenido por el rey Saúl cuando este trató de convencerlo diciéndole: «No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud» (v. 33). Pero aún quedaba la peor prueba que David debía enfrentar. El mismo Goliat lo menospreció y lo tuvo en poco burlándose de él. Y hasta lo maldijo:

Y cuando el filisteo miró y vio a David, le tuvo en poco; porque era muchacho, y rubio, y de hermoso parecer. Y dijo el filisteo a David: ¿Soy yo perro, para que vengas a mí con palos? Y maldijo a David por sus dioses. Dijo luego el filisteo a David: Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo (vv. 42-44).

David estaba todavía a tiempo para entrar en razón y, digámoslo así, volver a sus causas. Estaba a tiempo para recapacitar y ver a aquel gigantón y fiero guerrero, adiestrado para la guerra, cargado de odio y deseoso de matar y conquistar a cuantos se le cruzaran en su camino. Aquél que por cuarenta días había estado provocando a todo un escuadrón, atemorizándolos y poniendo terror entre ellos. David todavía estaba a tiempo para volver a su pequeño rebaño de ovejas y no meterse en problemas. Mas por el contrario, David afirmó su rostro.

Dijo David al filisteo: Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza, y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel (vv. 45-46).

¿Cómo afectan en nuestras vidas las palabras de otros hermanos creyentes que no le creen a Dios por no conocerle más profundamente? ¿Cómo afectan en nosotros los consejos de algún líder, escaso de una visión clara acerca del propósito eterno de Dios, y de la necesidad de ser en esta tierra la expresión de Dios? ¿Cómo nos afecta cada vez que enfrentamos la realidad de semejante fiero enemigo? ¿Cuál es nuestra reacción ante las adversidades? ¿Estamos a la defensiva, cubriéndonos de los manotazos del enemigo, lloriqueando entre cuatro paredes y preocupados de lo malo que nos podría llegar a ocurrir? ¿O hemos desarrollado el músculo de la fe por medio del conocimiento de nuestro Señor y su Palabra? ¿Tenemos como David convicciones claras? ¿Tenemos visión de Dios? ¿Tenemos la Palabra de Dios en nuestros corazones?

Fe para la extensión

Dice la Palabra: «Mas el justo por la fe vivirá» (Romanos 1.17). Mucho me temo que varios de nosotros aún no hemos comprendido lo que significa vivir por fe. Aunque muchas veces hemos estudiado la fe, aún no hemos comprendido lo que significa que el justo por la fe vivirá. Muchas veces tenemos el conocimiento teórico doctrinal, pero nos falta el conocimiento práctico vivencial. Y si estamos hablando de que debemos avanzar para que el propósito de Dios sea cumplido, y también hablamos de la necesidad de que como iglesia seamos movilizados para la extensión del reino de Dios entre musulmanes, indefectiblemente deberemos ser investidos de poder desde lo alto (Lucas 14.49). Tendremos que ser investidos por Dios con un espíritu de fe.

Anteriormente mencionamos que David era un hombre de fe. Dijimos que David era un verdadero creyente porque le creía a Dios. Pero ahora quisiera que viéramos juntos cómo Dios espera que se manifieste en nosotros, sus hijos, una fe para la extensión

del evangelio. La mayoría de las veces cuando alguien habla de vivir por fe, rápidamente viene a nuestras mentes la idea de lo económico. Como que vivir por fe se limita a depender de Dios solo en esta área. La idea no está mal, y deberíamos aprender tal lección aún teniendo buenos empleos, sean estos seculares o no. Pero estaríamos errando si limitáramos la vida por fe solamente al sustento económico. El vivir por fe abarca todas las áreas de nuestra vida. Quiero dejar bien claro que fe no es pensar en positivo. La fe no tiene nada que ver con lo positivo y lo negativo. Fe es tener la plena convicción, la absoluta certeza que lo que Dios dice es y será. Fe no es una simple idea o pensamiento. Fe es escuchar a Dios, creer esa palabra y vivir por esa palabra. Nadie que verdaderamente viva por fe, puede tener una fe oculta. Si tú eres un justo que vive por la fe, déjame decirte que no podrás ocultarlo por más que lo intentes.

Déjame verte por un momento qué haces; cómo reaccionas, qué hablas cuando estás distendido, y sabremos si eres un hombre o una mujer de fe. Las Escrituras expresan también que: «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12.34). Entonces, la fe que Dios espera de nosotros no es la de alguien que dice: «Ah sí, yo creo en Dios, que es amor, es poderoso, es grandioso y santo», pero después vive según los deseos de su corazón. ¿Es eso fe? Déjame ver tu vida y te diré lo que crees. Si no hay coherencia entre lo que dices que crees y lo que vives, déjame decirte que aún no has creído. La fe verdadera transforma las vidas, sana, liberta, restaura, prospera, da crecimiento, edifica, lleva fruto, extiende el reino de Dios. Y cuando hablamos de la fe para la extensión del Reino de Dios, indefectiblemente entramos en el plano sobrenatural. No habrá absolutamente ninguna extensión si no vivimos una vida de fe. No habrá extensión si no tenemos palabras de Dios en nuestro corazón que nos guíen, que nos indiquen el camino, que nos marquen un estilo de vida. Cuando Dios

habla, su Palabra produce fe, enciende una visión, nos marca una meta por alcanzar, da rumbo a nuestras vidas y ministerios. Ahora tenemos revelación de Dios, tenemos visión.

Con tristeza tengo que decir que he visto algunos obreros en el campo de labor sin una visión clara de parte de Dios. De esta manera no se puede avanzar, no hay extensión. Después de haber recibido la Palabra de Dios que produjo fe en nosotros, debemos cuidar esa fe y alimentarla cada día. Y con el paso del tiempo Dios irá completando la visión de la extensión en nosotros.

Algunas veces Dios mismo nos hace visualizar sus promesas y sus planes, para que nosotros, débiles humanos, podamos comprender qué es lo que Él, Dios infinito y omnipotente, quiere hacer. Tal fue el caso de Abraham. Dios primero le dio la palabra, le reveló sus planes para con su vida (Génesis 12.1-3), luego le habla más específicamente diciéndole que le dará un hijo. Y como si esto fuera poco, le da un ejemplo visual para que Abraham comprenda mejor los planes divinos y para que esa fe que ya había recibido crezca conforme a la visión:

Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia (Génesis 15.5).

Dios tiene sus métodos para que nosotros entendamos qué es lo que Él quiere hacer con nosotros. Otra vez le dice Dios a Abraham:

Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré (Génesis 13.14-17).

Muchas veces debemos visualizar la Palabra que Dios nos da para afirmar nuestra fe y hacerla aún mucho más efectiva en nuestras vidas. Debemos crecer en fe y en visión. Es importante

que podamos visualizar con nuestros ojos naturales lo que estamos viendo con los ojos espirituales. Josué y Caleb, habían recibido primeramente la Palabra de que Dios les entregaría la tierra prometida. Luego, cuando fueron a espiarla, la vieron con los ojos de la fe, y visualizaron en ella la Palabra de Dios, vieron como un hecho la promesa. Es por eso que no les importó que hubiera gigantes o que fueran ciudades fortificadas. Visualizaron en fe la Palabra que Dios les había dado. También David, como ya hemos repetido tantas veces, era un hombre de fe. Él, por su conocimiento del poder de Dios en su vida, vio a Goliat como uno más de esos osos o leones que tantas veces había matado por el poder de Dios. Goliat fue para David un trámite. Algo muy sencillo, pues no lo vio con sus ojos naturales sino con los de la fe. Y así lo enfrentó, con total convicción:

Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha provocado al ejército del Dios viviente (v. 36).

Cuando nosotros leemos el final de esta historia y vemos cómo David vence al gigante, que de un golpe lo voltea y luego con su propia espada le corta la cabeza, no fue fruto de la casualidad o de la improvisación. David lo había visualizado de esa forma:

Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza, y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel (v. 46).

Es decir, David no dijo: «Bueno, vamos a probar a ver qué pasa. Que sea lo que Dios quiera», como muchas veces decimos nosotros, pero que demuestra que en verdad no estamos dependiendo de Dios, sino que nos estamos librando a la suerte. Eso no es fe.

Vivir por fe para la extensión, significa avanzar, dar pasos concretos cuando aún no vemos con nuestros ojos naturales lo

que estamos visualizando con nuestros ojos espirituales. Porque: «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Hebreos 11.1). Si estamos creyendo que algo va a ocurrir, tenemos que dar pasos concretos hacia el cumplimiento de esa palabra. Si nos quedamos esperando de brazos cruzados a que Dios lo haga y entonces después nosotros nos sumamos a lo que Dios hizo, eso tampoco es fe. Estamos con una actitud de: «Creo, pero tenemos que esperar a ver si esto es de Dios o no». Esta frase ya me revela que no hay fe, sino duda. Y quien duda, no espere recibir nada. Santiago, hablando de la duda, lo expresa de esta manera: «No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor» (Santiago 1.7). Si creemos, si tenemos fe, si vivimos por fe, debemos dar pasos concretos avanzando hacia la visión. Entonces el Señor nos dice:

Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades asoladas (Isaías 54.2-3).

Amados, tenemos una Palabra de Dios, un mandato, que nos dice: «Id, y haced discípulos a todas las naciones» (Mateo 28.19). El Señor en esta palabra no nos dice que escojamos las naciones que más nos gustan, donde sea más fácil, donde estemos más cómodos, donde no estemos tan solos, donde no haya tantos problemas. Él nos envía a «todas las naciones», y dentro de todas las naciones están los más de cincuenta países islámicos. Y nos dijo: «He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28.20). Entre otras palabras y promesas más, el Señor nos dice:

Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra (Salmo 2.8).

Estas y muchas palabras más el Señor nos ha dado, para que vivamos por ellas, para que las visualicemos y extendamos el reino de Dios. Necesitamos crecer en fe. Una fe para la extensión del reino de Dios hasta los confines de la tierra. Una fe sin limitaciones. Porque la fe no depende de nosotros sino de Dios. Depende de su Palabra, de sus planes, depende de lo que Dios quiere hacer, y no de lo que nosotros queremos hacer o nos animamos a hacer. Si de alguna manera podemos avanzar y hacer cosas un poco sobresalientes, no es porque seamos osados o valientes, sino porque creemos en la grandeza del poderío de nuestro Dios quien es el que realiza sus proyectos a través de nuestras vidas. No somos nosotros, ¡sino Cristo en nosotros!

Amado, ámate a creerle a tu Señor. Lánzate a vivir una vida por fe. A vivir en fe para la extensión del reino de Dios. Escucha: cree, visualiza y avanza hacia la conquista.

Seguramente, te encontrarás en el camino con gigantes como Goliat. Será solo un trámite, como lo fue para el joven David. ¿Que el islam es como un gigante? Será solo un trámite. Y la victoria será nuestra como iglesia de Jesucristo. Si no tenemos esta visión no conquistaremos nada. Personalmente me uno a las palabras de David.

Y dijo David a Saúl: No desmaye el corazón de ninguno a causa de él; tu siervo irá y peleará contra este filisteo (v. 32).

Y de aquí a poco tiempo veremos a miles de musulmanes, hombres y mujeres, piadosos y sinceros, ser libres de las garras del espíritu de temor, por haber conocido la Verdad. De aquí a poco tiempo miles de musulmanes serán libres y confesarán que Jesucristo es el Señor. Un gran avivamiento comenzará desde nuestra región, para gloria de Dios en los cielos. ¡Amén!

CAPÍTULO 4

Conocimiento experimental de Dios

ERAN LOS AÑOS ochenta cuando en este país musulmán había unos cuantos creyentes locales que se reunían con la ayuda de algunos obreros extranjeros. Eran tiempos difíciles para el avance del evangelio entre musulmanes. Fue así que en los primeros años hubo de parte del gobierno, y utilizando los servicios de inteligencia nacional, una gran persecución hacia los cristianos. Cuentan que en un día determinado apresaban a muchos de ellos al mismo tiempo en distintas ciudades del país. No fue nada fácil para aquellos jóvenes creyentes, que en ese momento les tocaba enfrentar menosprecios y vejaciones, castigos físicos y psicológicos, amenazas hacia sus familiares, y todo tipo de torturas.

A más de esto, aquellos que permanecieron firmes sin fluctuar a pesar de todo, sufrieron también el dolor profundo y quizás el

más traumático de todos, de ver a algunos de los hermanos que tanto habían compartido juntos, volviéndose atrás y negando la fe en Jesucristo, llenos de miedo. Como si esto fuera poco, también algunos de los obreros extranjeros desaparecieron del mapa, y no les brindaron ningún tipo de ayuda o protección a estos jóvenes cristianos locales que se estaban jugando la vida por causa de la fe. Ciertamente fue muy duro para aquellos pocos fieles.

Entre aquellos jóvenes valientes estaba mi amigo Hamid. Llevaba para ese entonces poco tiempo de casado. Cuando lo llevaron a la cárcel lo mantuvieron por muchos días encerrado, y mientras él sufría todas aquellas cosas, su joven esposa también sufría desde afuera por no saber cual sería el final de todo. Resumiendo un poco la historia, finalmente el suplicio terminó. A partir de entonces permanecían controlados por la policía y cada tanto los volvían a citar para interrogarlos y mantenerlos bajo vigilancia. Pero lo peor fueron las heridas en sus corazones producidas por aquellos otros, supuestamente creyentes, que retrocedieron y volvieron a hacer la confesión de fe musulmana, cargados de temor. Y por aquellos obreros extranjeros que ya no estaban cerca de ellos para ayudarlos y proveerles de alguna manera protección. Pero con todo lo difícil que fue para ellos vivir estas cosas, pudieron ver la poderosa mano de Dios sobre sus vidas. Experimentaron el consuelo de su amado Padre. En verdad, en esos momentos no tenían a nadie más que los pudiera alentar, solamente quedó con ellos el precioso Dios consolador.

Han pasado los años y como era de prever, ellos permanecieron firmes en la fe de Jesucristo. Tuvieron hijos y edificaron su hogar en la voluntad del Dios verdadero. Hoy sus hijos son ya jóvenes, terminando la adolescencia, preciosos siervos del Señor. Mi amigo Hamid lidera una pequeña congregación casera, iglesia subterránea; su esposa lo acompaña en el discipulado de algunas mujeres; sus hijos están liderando la alabanza y

compartiendo la Palabra de Dios. La gloria es para nuestro Dios soberano, quien por su gracia, les permitió a mi amigo y a su esposa tener un conocimiento experimental de Él. Esto es lo que hizo la diferencia en sus vidas: tuvieron un conocimiento íntimo de Dios y una relación de amor con Él.

Es para mí un enorme placer tenerles como mis amigos. En verdad, ellos son hoy nuestra familia en este país. Son personas a las cuales personalmente admiro y respeto muchísimo, y los amamos con todo nuestro corazón. Sus vidas son dignas de admiración y respeto. Son ejemplo para muchos aquí, incluidos nosotros. Ellos han vivido cosas profundas y difíciles con el Señor que nosotros mismos nunca hemos vivido. Seguramente el Señor les tendrá preparado para el día de las bodas del Cordero, finas y preciosas coronas. Joyas estas que llevarán honra y honor a nuestro Dios eterno.

La diferencia

David, aunque era muy joven, era un hombre de Dios. Creyente sencillo pero muy valiente, como ya hemos descrito anteriormente, fue un hombre diferente. Ahora la pregunta obligada es: ¿qué era aquello que lo hacía tan diferente a los demás? Aquellos eran hombres formados, capacitados, preparados para la guerra. Saúl había sido escogido por Dios para ser rey sobre Israel. Seguramente, era un hombre adiestrado para semejante responsabilidad. Contaba además con la unción de Dios que le había sido dada por medio del profeta Samuel. Aunque era el rey, iba al frente de su ejército en la batalla. Seguramente era un hombre que conocía de armas y de estrategias. Pero aun con todo esto, David, siendo jovencito, era muy diferente de él. Ni siquiera sus hermanos se le parecían.

¿Qué es aquello que hacía a David un hombre tan diferente? Absolutamente todos ellos pertenecían al pueblo de Dios. Ha-

bían sido escogidos por Dios para ser su pueblo. Dios, era el Dios de ellos. Todos, de una manera u otra, lo conocían. Otra cosa más para destacar aquí, e igualmente importante, es que todos ellos estaban, por decirlo de alguna manera, realizando la obra de Dios. Se encontraban en una de las batallas para expulsar a sus enemigos, en vías de poseer la tierra prometida. Entonces, podemos decir que estaban en la obra de Dios.

Teniendo todas estas cosas en consideración, una vez más la pregunta es: ¿por qué eran tan diferentes David y el resto de los hombres de Israel, incluyendo a sus hermanos y al mismo rey Saúl? ¿Qué cosas los diferenciaba? Se nos describe que era un hombre que tenía seguridad en sus actos. Y no se limitaba a sus capacidades personales. Esa seguridad que él demostraba, a diferencia del resto de las personas, ¿de dónde procedía? A mi entender, lo que hacía la diferencia en David, aquello que era lo más importante y para decirlo de una vez por todas, aquello que producía su seguridad, su fe, su valentía, su sencillez, era el resultado del conocimiento de Dios que tenía. No era un conocimiento acerca de Dios sino un conocimiento de Dios mismo.

Job había tenido similar experiencia con Dios, y lo revela confesando:

De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven (Job 42.5).

Job expresa estas palabras mucho tiempo después que Dios mismo diera testimonio acerca de él diciendo:

¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? (v. 1.8).

Job era en verdad un hombre de Dios, pero aún así él mismo reconoce que no le conocía lo suficiente.

Aquí está pues la diferencia. Esta es la gran diferencia que existía entre David y el resto de las personas. Definitivamente,

David conocía a Dios. Lo conocía en persona. Cada día de su vida vivía en su preciosa compañía. David había experimentado a Dios. No lo conocía simplemente de oídas o por referencias. Lo conocía en persona. Tenía un conocimiento experimental.

Conocer a Dios

¿Qué es o qué significa tener un conocimiento experimental? Sencillamente, es conocer algo o a alguien por experiencia. Es vivir experiencias junto con esa persona. Para eso es necesario pasar tiempo con la persona que queremos conocer; compartir experiencias, ideas, pensamientos, deseos, planes, alegrías y tristezas. A decir verdad, esto es lo que Dios espera de nosotros, que le conozcamos y que vivamos cada momento con Él. Y recuerda, querido hermano, que esto es parte de la restauración del propósito eterno de Dios en tu vida. Este es el profundo deseo del corazón del Padre. O dicho a la manera del apóstol Pablo en Efesios 1.5: «Según el puro afecto de su voluntad».

Recordemos cómo era la relación que tenía Dios con Adán y Eva en el principio, antes de que entrara el pecado, la rebelión en el hombre. Tenían una relación de perfecta unidad, estaban juntos, pero a más de eso, tenían un mismo espíritu. Se entendían el uno al otro. Vivían una relación personal, hablaban cara a cara. Por ejemplo, en Génesis 3 vemos que Dios llega al lugar donde estaban Adán y Eva, y buscándolos los llama por su nombre. Es que tenían una relación muy estrecha, íntima y santa. Esta es la más profunda voluntad de Dios. El hombre fue creado por Dios porque quería manifestarse en él.

De modo que ahora la pregunta es: ¿conoces a Dios solo de oídas y por referencias? ¿Lo conoces por haber leído buenos libros acerca de Él o por haber escuchado buenos sermones sobre Él? ¿O puedes afirmar que de verdad lo conoces en persona? ¿Estás con Él cada día? ¿Le hablas y le escuchas? ¿Puedes verlo? ¿Pue-

des tocarlo, palparlo; puedes, casi diría, abrazarlo y besarlo? Si no puedes vivir este tipo de relación con Dios, tu testimonio es aún incompleto. El apóstol Juan, quien se llama a sí mismo el discípulo amado, testifica muy claramente acerca de esto cuando expresa en 1 Juan 1.1-4:

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.

Queridos, tenemos que conocer a Dios. Él quiere que le conozcamos y que luego lo demos a conocer a otros que aún no le conocen. Las Escrituras dicen que fuimos predestinados para alabanza de su gloria (Efesios 1.11-12). Pero la única manera de que podamos llevar alabanzas a su gloria y que también podamos reflejarla, es que seamos empapados de esa gloria, sumergidos en ella, bautizados en ella. ¡Tenemos que conocer a Dios! ¿Que ya le conocemos? Debemos conocerle aún más. Pablo sabía esto muy bien, es por eso que escribió a la iglesia en Filipos que todas sus credenciales y diplomas, toda su formación académica, toda su estirpe y todo lo que humanamente podría servirle de gran beneficio, él lo tenía por pérdida y por basura con tal de conocer de manera más excelente a Cristo (Filipenses 3.7-8).

¡Existe un conocimiento de Dios aún más excelente! Procura conocerle. Conócelo profundamente. Conócelo en intimidad. Permite que Él te hable y te cuente sus secretos y sus planes. Dios tiene muchos proyectos pero quiere hacerlos contigo e involucrarte a ti. Dios está dispuesto a compartirlo contigo; ahora, el resto depende de ti. Involúcrate. ¡Tienes que conocer a Dios!

Por esto mismo Pablo ora por la iglesia y por cada discípulo en Éfeso, para que reciban espíritu de sabiduría y de revelación para que con esto puedan conocer más a Dios.

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él (Efesios 1.15-17).

Volviendo a David, y como ya dijimos, él sí conocía a Dios. Lo conocía de manera experimental. De verdad sabía quién era y cómo era. Como ejemplo de esto podemos ver los siguientes versículos que nos demuestran las experiencias que David había tenido con Dios:

Y dijo David a Saúl: No desmaye el corazón de ninguno a causa de él; tu siervo irá y peleará contra este filisteo. Dijo Saúl a David: No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud. David respondió a Saúl: Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre; y cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada, salía yo tras él, y lo hería, y lo libraba de su boca; y si se levantaba contra mí, yo le echaba mano de la quijada, y lo hería y lo mataba. Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha provocado al ejército del Dios viviente. Añadió David: Jehová, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me librará de la mano de este filisteo. Y dijo Saúl a David: Ve, y Jehová esté contigo (vv. 32-37).

David había experimentado a Dios. Había experimentado su protección, su poder, su grandeza, su victoria. También le conocía en quietud e intimidad, porque mientras pasaba muchas horas de su vida cuidando de sus ovejas, adoraba a su amado Dios.

Un ejemplo de conocimiento íntimo

Acerca de este tema de conocer a Dios más profundamente, hace algún tiempo atrás recibí una palabra muy ilustrativa. Era una palabra destinada a desafiarme personalmente a tener una relación más íntima con nuestro amado Señor Jesucristo. Era, a decir verdad, un ejemplo muy claro tomado de la vida misma de Cristo y de algunas personas que han tenido la grandísima bendición de relacionarse personalmente con Él y de conocerle. Por supuesto, estaba dirigida a motivarme y desafiarme, a buscarle más íntimamente.

En primer lugar, consideramos a la gran multitud de personas que seguían a Jesús. Estos, de una manera u otra le conocían. De hecho, le seguían para oír sus enseñanzas, para ver o recibir algún milagro de parte de Él. Como ejemplo de esta gran multitud, podemos ver en Marcos 6.44 que los que comieron en el día que Jesús hizo el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, eran cinco mil hombres. Este, en cuanto a número de personas que estuvieron con Jesús, es el mayor que se menciona en los evangelios. Todos ellos conocían a Jesús. Le habían visto, le habían oído, le habían visto hacer milagros, y no pocos de ellos también habían recibido algunos de estos milagros.

Luego tenemos un grupo más reducido, el de los setenta discípulos, a los cuales el mismo Jesús los envió delante de Él, de dos en dos, a los pueblos y aldeas, adonde Él habría de ir (Lucas 10.1). Todos estos por supuesto que también le conocían, y no solo por oír sus enseñanzas como el resto de la multitud, ya que ellos llegaron a conocer en persona el poder de Dios y ser utilizados por Él. Fue Jesús mismo quien los encomendó y les impartió la autoridad y el poder para testificar acerca de Él para sanar a los enfermos y para echar fuera demonios (Lucas 10.9, 17). Obviamente, estos setenta discípulos, conocieron a Jesús mucho mejor que el resto de la multitud.

Tenemos también a los conocidos doce discípulos, escogidos especialmente por Jesús, para que fueran sus apóstoles. Estos, de manera especial le conocían mejor, pues caminaron con el Maestro, le siguieron a todas partes, vivieron con él. A estos los formó, los capacitó, los preparó para que completaran su ministerio después de su partida de esta tierra. A estos doce Jesús les revelaba los secretos del Reino, completando la enseñanza que la multitud no comprendía y no les era revelada. Estos doce anduvieron con Jesús, hasta durmieron con Él. De estos doce podríamos decir que son lo máximo en cuanto a conocimiento de Jesús. Siempre dio vueltas por mi mente el gran privilegio que tuvieron estos discípulos. ¡Haber conocido tan de cerca al Maestro! Cómo no haber vivido en aquella época y ser uno de esos doce! ¡Cuánto me hubiera gustado ser uno de ellos; caminar con Jesús, oírle de primera mano, verle hacer tantos milagros, recibir la misión directamente de su boca, ser formado por Él! ¡Oh, mi Dios, qué tremendo privilegio!

Ahora bien, he descubierto que estos doce no eran lo máximo entre los que conocían a Jesús más íntimamente. Entre ellos había tres que eran aún más íntimos con el Maestro. Los privilegiados eran Pedro, Juan y Jacobo, su hermano. Al leer los evangelios podemos ver que estos tres siempre sobresalían en la relación con Jesús. Eran los más cercanos, los que se sentaban más cerca de Él. Los que más hablaban, se expresaban, preguntaban, etcétera. Estos tres conocían a Jesús de manera más íntima que los nueve discípulos restantes. Como si lo ya expresado acerca de ellos fuera poco, nos queda decir que fueron solamente estos tres quienes estuvieron con nuestro Señor Jesucristo en el monte de la transfiguración (Mateo 17.1-9). En tremenda intimidad, tuvieron el enorme privilegio de ver al Cristo transfigurado, glorificado. Vieron la gloria de Dios, oyeron la voz del Padre mismo. ¡Palparon la gloria divina! Fueron solamente estos tres

quienes luego estuvieron con Jesús en Getsemaní la última noche antes de ser crucificado (Lucas 14.32-36). Estos tres estuvieron con Jesús en sus momentos más difíciles, cuando tuvo que enfrentar el dolor y el sufrimiento de la cruz. Y no solo el dolor físico sino también el dolor de cargar con el pecado y las enfermedades de todos nosotros. Estos tres sí que conocían a Jesús. Nadie mejor que ellos. Hasta le conocieron en sus momentos más íntimos, de tristeza, de angustia y de negación. ¡Oh, cuánto hubiera querido estar en el lugar de uno de ellos! Ya no simplemente estar entre los doce escogidos por Jesús. Me hubiera gustado ser uno de los tres más íntimos, uno de los que experimentaron al Señor en mayor profundidad. Querido hermano, ¿tú deseas lo mismo? ¿Que ya conoces a Cristo? ¡Hay un conocimiento aún más excelente! Tú puedes conocerlo de la misma manera como lo conocieron Pedro, Jacobo y Juan. Anímate. No te conformes con poco. ¡Hay mucho más!

Podemos seguir hilando fino y encontraremos otro ejemplo de mayor intimidad y profundidad en su relación con Cristo. Este es nada más y nada menos que el mismo Juan, el menor de los discípulos. Muchas veces, personalmente, he sentido un poco de celos de mi querido hermano, el apóstol Juan. Celos mezclados con envidia. Lo he visto a través de las Escrituras, muchas veces tan osado, tan intrépido, tan lanzado en su relación con Jesucristo. Atrevido. Ir a pedirle directamente al Señor que en la gloria le permita sentarse a su diestra (Marcos 10.35-37). Él se llama a sí mismo el discípulo amado; pues, de verdad se sentía profundamente amado por el Señor.

Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús (Juan 13.23).

Hablando de mis «celos» hacia Juan, tengo que confesar que muchas veces, en momentos de oración personal, sentí el deseo de empujar a Juan y sacarlo de al lado de Jesús para situarme yo en

su lugar, muy especialmente cuando leo en las Escrituras que aquel discípulo «al cual Jesús amaba» (Juan 13. 25), resulta que ahora también estaba «recostado cerca del pecho de Jesús». Por favor, permítanme por una sola vez darle un empujoncito a Juan. Si pudiera vivir estas experiencias que vivió Juancito. Querido, ¿tú no le tienes un poco de santa envidia? Pues, yo vuelvo a confesar una vez más, que sí.

Cuántas veces utilicé este episodio en mi tiempo de oración personal. Hasta de verdad alguna vez le he pedido perdón al Señor por este celo. Cuántas veces le he expresado lo mucho que me hubiera gustado vivir en aquel tiempo, en el que Él mismo estuvo en esta tierra en cuerpo como el Hijo del hombre. Cuánto me hubiera gustado tomar el lugar de Juan y ser yo quien tuviera semejante intimidad con el Señor, ser yo quien por momentos estuviera recostado cerca de su pecho. Pero el Señor mismo me ha consolado hablando a mi corazón, diciéndome que con toda certeza el tiempo presente, es mucho mejor que el de aquel entonces. Porque Cristo estaba limitado a espacio y tiempo en su humanidad, pero hoy Cristo está glorificado. No está restringido por esos factores, sino que ahora es omnipresente. Hoy hay lugar muy cerca suyo para todos nosotros a la vez. Al mismo tiempo, todos podemos recostarnos sobre su pecho y tener una relación muy profunda e íntima con Él. De hecho, esta es su más preciada voluntad. ¡Aleluya!

¿Por qué este énfasis sobre la necesidad de conocer más a Dios? En primer lugar, porque es este el propósito por el cual fuimos creados: para que tengamos una relación íntima y amorosa con Dios, porque esta es su gloriosa voluntad. Y en segundo lugar, porque de esta manera, al conocer a Dios también conoceremos sus planes, sus propósitos, sus proyectos, con los cuales podremos edificar el reino. Teniendo estas cosas podremos unirnos al apóstol Pablo cuando dijo:

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2.20).

Seremos así portadores de la voluntad de Dios y de su gloria. Nuestras vidas serán expresiones vivas del reino de Dios aquí en la tierra. Conoceremos cómo y dónde Dios quiere manifestarse a través de nuestras vidas. Seremos, en definitiva, quienes completemos de una vez por todas el propósito eterno de Dios, y con esto también, aceleraremos el regreso glorioso de nuestro Señor Jesucristo.

Amado, ¿conoces íntimamente al Maestro? ¿Te relacionas con Él con una relación profunda? ¡Esta es realmente la pura y más bella voluntad de Dios para nuestras vidas! No desperdiciemos nuestro tiempo ni las oportunidades que se nos presentan para conocer más al Señor y para relacionarnos más íntimamente con Él. Dios es amoroso y desea que tengamos una relación profundamente amorosa con Él.

Una relación de amor

Dios me ha hablado hace algún tiempo atrás acerca de esta relación íntima que quiere que tengamos con Él. Una relación profunda. Una relación de amor. Justamente estaba yo en el primer tiempo en que llegamos al país musulmán en el que vivimos, y tenía una preocupación dando vueltas por mi mente. La cuestión era cómo podría compartir el evangelio con un pueblo tan religioso como este, donde las personas están todo el día hablando acerca de Dios y bendiciéndose unos a otros.

Los primeros pensamientos fueron hacerlo de la manera tradicional, como en los países de occidente. Presentarles la necesidad de un Salvador, alguien que los salve de sus pecados. A la manera de las tradicionales *Cuatro Leyes*. Pero encontré que, de acuerdo a sus creencias, no necesitan un salvador ya que tampo-

co tienen una conciencia de pecado. Ellos, según las enseñanzas del Corán, tienen que cumplir unas cuantas leyes religiosas, y con eso ya se han ganado el paraíso. Otro pensamiento que vino a mi mente, a raíz de algunas experiencias que ya había tenido, fue el de empezar a testificarles aludiendo a la manera en que nosotros los cristianos oramos o ayunamos. Pero, obviamente, pronto me di cuenta que esto tampoco era la manera apropiada. ¡Qué les iba a hablar a ellos acerca de la oración, si ellos oran cinco veces al día! ¡Qué les iba a hablar acerca del ayuno, si ellos ayunan durante todo un mes cada año! Entonces, ¿cómo iba a hablarles de Dios a un pueblo que se la pasa hablando de Él todo el tiempo?

Así estaba con estos interrogantes cuando fue Dios mismo quien, con mucha claridad, me habló acerca de la estrategia evangelística apropiada. La palabra que me dio en un tiempo de oración, por medio del Espíritu Santo, fue: «Enamórate de mi cada vez más».

Básicamente, me dio dos pasajes de las Escrituras para confirmar esta palabra. Me llevó al relato de Mateo 24, donde habla sobre las señales que obligatoriamente ocurrirán antes del fin de los tiempos. Entre otras tantas cosas en el v. 12 dice:

Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará.

Este versículo es una advertencia que el Señor nos hace diciéndonos en otras palabras: «Cuida tu amor, que no se enfríe. Cuida de permanecer siempre enamorado de mí».

El otro pasaje fue el de Apocalipsis 2.2-4 sobre el mensaje que el Señor le envía a la iglesia en Éfeso. Comienza a alabarlos y a enumerar una cierta cantidad de buenas cualidades que ellos tenían. Cosas que cualquier iglesia, y aún yo mismo, estaría muy feliz de recibir de parte del Señor. Son palabras muy lindas y un reconocimiento muy importante para recibir de parte de cualquier persona, pero aún mucho más si estas palabras provienen

del mismo Señor. Cualquier persona o iglesia que reciba este testimonio de parte del Señor mismo se sentiría totalmente halagada y aprobada. Casi podría decirse ¡que estaría tocando el cielo con las manos! Dice el Señor:

Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado (Apocalipsis 2.2-3).

¡Aleluya! ¡Qué hermoso reconocimiento! Si hasta me gustaría hacer como una especie de diploma con estas palabras de parte del Señor para mi vida; lo haría enmarcar y lo colgaría en una de las paredes principales de mi casa para que todos lo vieran. Yo terminaría el texto aquí. Pero no, el texto continúa, y asombrosamente, luego de tantos elogios hay un «pero». Y este «pero» es de suma importancia para nuestras vidas. Dice el Señor:

Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor (Apocalipsis 2.4).

¿Cómo es posible tener tantas cosas tan buenas como las relatadas en los vv. 2-3, que demuestran a una persona o a una iglesia casi perfecta en su obra, y a la vez tener una falta tan grande como la descrita en el v. 4? Si yo me hubiera quedado solamente con los dos primeros versículos hubiera pensado que la iglesia de Éfeso era la iglesia perfecta, el modelo a seguir. A simple vista no le faltaba nada. Pero al leer el v. 4 podemos ver que le faltaba ¡todo! No tenía nada. Todas las otras buenas cualidades, sin esto último, son como nada. La gran enseñanza aquí es que, sin descuidar todo lo anterior, lo más importante para Dios es que estemos enamorados de Él.

Entonces, con todas estas observaciones de parte de Dios, estaba yo empezando a entender la estrategia divina. ¿Cómo lo haríamos? Ellos son un pueblo muy religioso y muy firme en sus

convicciones. Hablan constantemente de Alá. ¿Cómo podría yo hablarles del verdadero Dios? ¿Cómo podría presentarles el verdadero Camino, la única Verdad y la perfecta Vida? Muchas veces que había compartido con alguno de ellos, sus conclusiones rápidamente (y amistosamente) eran: «¡Ah, somos iguales!». Por supuesto, se referían a cristianos y musulmanes. Pero yo sabía con certeza que no somos iguales. Que somos absolutamente diferentes. Pero el tema era cómo demostrárselos. La respuesta de parte de Dios fue: Ellos hablan de mi, pero tú me conoces. Ellos creen en un Dios lejano y castigador; tú crees y conoces a un Dios que está bien cerca de ti, un Dios que mora contigo y en ti. No es un Dios castigador sino uno amoroso, con el cual te relaciones profundamente cada día, cada momento de tu vida.

¡Aleluya! Esta es la gran diferencia. La diferencia entre mi vida y todo un gran pueblo religioso. Esta era la gran diferencia entre David y el resto de las personas. Ahora el Señor nos dice a todos nosotros sus hijos escogidos: «¿Me conoces? Debes conocerme en mayor profundidad e intimidad. Y esto te hará cada vez más diferente. ¿Me amas? Ámame aún más. Ámame con todo tu corazón, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas (Deuteronomio 6.5). Y con esto serás aun más diferente. Serás lleno del Espíritu Santo. Vivirás la vida en abundancia que yo vine a traer. Estarás lleno de amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gálatas 5.22-23).

Y esto, por supuesto, te hace totalmente diferente, te hace una persona especial. Tienes algo que el resto de las personas no tienen ni conocen. Cosas que jamás han experimentado. Entonces, cuando ellos te hablen de religión, tú les hablarás del Dios que conoces. Serás un verdadero testigo, pues testificarás acerca de lo que has oído, de lo que has visto, lo que has contemplado, lo que has palpado con tus manos».

En conclusión, queridos hermanos, si vamos a ser parte del

ejército de Dios, del pueblo escogido, para que cumplamos su propósito eterno, indefectiblemente necesitamos conocerle más. Necesitamos alcanzar ese conocimiento más excelente de Dios, que buscaba Pablo. ¡Y necesitaremos enamorarnos cada día más de nuestro amado Señor!

CAPÍTULO 5

No con estrategias humanas

EL EVANGELIO ESTÁ AVANZANDO a paso lento pero firme en medio de algunos países musulmanes. Esto es fruto de la oración intercesora de la iglesia del Señor en muchos países, a favor de estas tierras. Dios está levantando ejércitos de intercesores por todos lados. El evangelio crece, el número de convertidos crece, la cantidad de pequeñas iglesias caseras también crece. Pero en algunos de estos países aún los gobiernos no han reconocido oficialmente que hay cristianos en su propia nación. Muchos cristianos están orando por esta situación, incluidos los cristianos locales. Se ora para que se reconozcan a los cristianos locales, se ora para que en estos países haya verdadera libertad de culto.

Pero siempre el interrogante que surge es cómo se logrará esto. Muchas veces sólo queda la esperanza de un milagro de

parte de Dios. Pero Dios tiene sus planes y estrategias. Así es que en estos países Dios mismo se está encargando de hacer visibles a los cristianos. En algunos de estos países Él está haciendo que toda la sociedad, poco a poco, vaya tomando conocimiento de la existencia de cristianos en medio de ellos. En uno de estos casos, Dios está permitiendo que sean los medios de comunicación escritos, diarios y revistas, quienes cada tanto se encargan de sacar informes acerca del avance del evangelio entre ellos. Muchas veces son informes con mentiras o verdades distorsionadas, como así también inflando los datos y estadísticas. En ocasiones, aún en periódicos islamistas sacan informes como previniendo a la sociedad del peligro que esto significa para ellos. En definitiva, sea con mentiras o con verdades, poco a poco la sociedad toda se va desayunando de que en realidad hay cristianos entre ellos y que no son pocos. En este caso, es la estrategia que Dios mismo está utilizando a favor de su pueblo.

Pesadas estrategias

Dios está formando un pueblo, una nación propia para sí, con la cual cumplirá sus propósitos. Para eso Él mismo está levantando un ejército valiente dispuesto a entregar su vida por completo con tal de alcanzar esta meta. Dios está en esto. Ahora bien, esta gran empresa no podrá hacerse con estrategias humanas, sino que se hará con la estrategia de Dios.

Tal es el ejemplo y la enseñanza que podemos tomar de David en estos versículos que siguen:

Y Saúl vistió a David con sus ropas, y puso sobre su cabeza un casco de bronce, y le armó de coraza. Y ciñó David su espada sobre sus vestidos, y probó a andar, porque nunca había hecho la prueba. Y dijo David a Saúl: Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué. Y David echó de sí aquellas cosas (vv. 38-39).

Al leer estos dos versículos, lo primero que viene a mi mente es

que si en verdad estamos interesados en hacer la voluntad de Dios, si queremos que el propósito eterno de Dios se cumpla en y a través de nuestras vidas, si de verdad queremos hacer la obra de Dios, una de las primeras cosas que debemos hacer es lo que hizo David con esa armadura tan pesada que le proveyó el rey Saúl.

¿Qué significa esto entonces? ¿Que debemos salir a la guerra totalmente desprotegidos, sin armas para pelear y sin armaduras que nos protejan? Definitivamente, no. Significa que no es con nuestras armas humanas y carnales que debemos salir a esta guerra, sino con armas y armaduras espirituales como se nos enseña en Efesios 6, y también como le escribe Pablo a los Corintios:

Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Corintios 10.4-5).

David, como ya pudimos ver, era un pastor de ovejas, que con total libertad y devoción adoraba a Dios mientras apacentaba y cuidaba de sus animales. No estaba acostumbrado a vestir ropas de guerra ni armaduras pesadas. Aunque se dejó vestir por su líder, e intentó andar con ellas, pronto supo que no era lo apropiado. Entonces: «David echó de sí aquellas cosas».

Tenemos que reconocer que Saúl tuvo una muy buena actitud cuando vistió a David con aquellas ropas, y en verdad lo hizo de muy buena voluntad. Su pensamiento al hacer esto era de ayudarlo y de protegerlo. En la mente del rey no cabía otra posibilidad más que ir a la batalla con todas sus armaduras de bronce y sus armas de acero. Pero como hemos visto, no era lo más apropiado en este caso para el joven David.

El apóstol Pablo, como David, también entendía que no se puede andar por la vida acarreando cosas pesadas, máxime cuando se trata de hacer la obra de Dios. Entonces nos aconseja y nos

exhorta a que mantengamos una visión clara de cuál es nuestra meta y nos dice:

Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante (Hebreos 12.1).

Por supuesto, el pecado es algo que nos impedirá avanzar y cortará el crecimiento espiritual de nuestras vidas. Muy difícilmente venceremos a nuestros enemigos si andamos por la vida cargando con nuestros pecados. Creo que esto es algo muy bien sabido por todos nosotros y no emplearemos más tiempo en este tema. Pero sí quiero decir algo acerca de que debemos ser efectivos en despojarnos de todo peso. Es de suma importancia que tengamos en cuenta esto. Tenemos una carrera por delante con una meta por alcanzar. Por decirlo de alguna manera, una carrera con muchos obstáculos. Muchos de estos obstáculos son cuestiones de vida o muerte, espiritualmente hablando. Pero todos ellos han de ser superados para alcanzar la meta de cumplir el propósito eterno de Dios. Tenemos una misión que cumplir. Debemos correr esta carrera bien entrenados, pero también debemos cuidar de estar sueltos, sin ningún tipo de ataduras, nada que nos haga voltearnos hacia atrás para ver lo que vamos dejando. Y debemos estar livianos, sin ningún tipo de peso que nos impida correr con libertad. Muchas veces estas cosas pesadas no son pecados o cosas malas de nuestras vidas. Son ciertas cosas, humanamente buenas y a veces también importantes, las que se tornan en grandes pesos que nos detienen y continuamente nos tiran para atrás. A modo de ejemplo podríamos presentar las siguientes palabras del Señor cuando dijo:

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (Lucas 14.26-27).

El Señor estaba sabiendo que estas son todas cosas muy buenas y piadosas. De hecho, es Él mismo quien nos manda que honremos a nuestros padres. Pero en determinado momento, son situaciones que pueden tornarse en corazas y cascos muy pesados de sobrellevar. Es por eso que, por adelantado, nos hizo este anuncio.

Muchísimas veces hemos cargado grandes pesos considerando que esto era lo normal y lógico, y sin siquiera darnos cuenta que estas cosas no nos permitían avanzar, o apenas podíamos hacerlo lentamente. Muchas veces hemos andado por la vida soporlando el peso de enormes corazas y cascos de bronce que tal vez, como en el caso de David, algunos de nuestros líderes muy bien intencionados nos habrían vestido. Y nosotros, sin demasiada capacidad de discernimiento, hemos intentado caminar así. En el peor de los casos, hemos sido nosotros mismos quienes nos hemos vestido con tanto peso, y más grave aún, a veces hemos forzado a otros a que lleven semejantes cargas. Alegando simplemente que así lo hemos hecho siempre, o que nosotros somos de esta línea de pensamiento y no vamos a cambiar ahora después de tantos años de historia, o que esta ha sido nuestra tradición cristiana, o que así está escrito en los estatutos de nuestra denominación, o simplemente, que así nos lo enseñaron, así lo aprendimos y así lo hacemos. Y todo esto sin nunca ponernos a escudriñar en las Escrituras, con una mente y un corazón abiertos, para saber si este en verdad ha sido el método de Dios.

Básicamente, cuando pienso en esa pesada coraza y todo el armamento que impedían y entorpecían el andar de David, y al trasladar esta figura a la iglesia actual, vienen a mi mente las estructuras humanas con las que por muchos años y en muchos lugares se ha estado intentando hacer la obra de Dios. Estructuras que muchas veces solo han permitido beneficiar a unos pocos. Es entonces cuando, de manera muy fuerte, viene esta palabra que nos revela muy claramente que no es con estrategias humanas

que haremos la obra de Dios. No es con estructuras humanas que edificaremos el reino de Dios en nuestro medio. El hecho de salir a la batalla vistiendo toda esa coraza, casco y otros armamentos, es lo más lógico humanamente hablando, pero, una vez más, tenemos que decir que Dios no es ni humano ni lógico. Por lo tanto su obra no se hace ni con lógica ni con esfuerzo humano. El reino de Dios es espiritual, sobrenatural. No es lógico que Dios se haga hombre. No es lógico que sea crucificado como el peor de los reos, cuando los judíos esperaban al gran Mesías prometido que vendría como Rey y Salvador para restaurar el reino. No es lógico que muriera crucificado y resucitara al tercer día. Toda vez que como iglesia intentamos hacer la obra de Dios con conceptos humanos, estamos transformándonos en un movimiento religioso más, por más bíblicos que parezcamos. Y quiero manifestar que la religión no es cosa de Dios, sino que fue inventada por el hombre, con la generosa y sutil inspiración de Satanás, que se esfuerza para que el hombre se involucre en la religión y que no conozca la verdadera vida que es en Cristo y su reino. De esta manera, la primera religión nace en Babilonia, con la muy «buena y piadosa» intención de aquellos hombres de querer acercarse a Dios. Es por eso que, con mucha lógica, deciden construir una gran torre que los eleve y los acerque más hacia Dios (Génesis 11.1-9). ¡Muy interesante estrategia! Pero no era la estrategia de Dios ni su método.

El reino de Dios es un reino santo. Y el Señor no permitirá que ningún hombre ponga sus manos impuras en él. Dios no permitirá que nadie intente edificar su reino con estrategias humanas, por muy efectivas que estas puedan parecer. En todo caso, estaremos construyendo una religión, pero de ninguna manera estaremos edificando el reino. El propósito eterno de Dios no se cumplirá por medio de estrategias humanas.

Así que es mejor que como buenos hijos, escogidos, revise-

mos cómo estamos intentando hacer Su obra, para asegurarnos de que no estemos usando estrategias humanas. Si llegáramos a descubrir que eso es lo que estamos haciendo, mejor tengamos la misma actitud de David, que «desechó de sí aquellas cosas». Como lo expresó Pablo: «Despojémonos de todo peso» y conocamos la estrategia de Dios. Aprendámosla y edifiquemos con ella. Tendremos así un ministerio mucho más efectivo para su gloria.

Estrategias humanas: un poco de historia

Las Cruzadas (1095-1291). Han sido una de las más vergonzosas estrategias humanas utilizadas en tiempos del oscurantismo de la iglesia (católica) pretendiendo estar realizando la voluntad de Dios con esto. Será el papa Urbano II quien encabece esta catástrofe, secundado por el obispo Adhemar de la Puy. Pedro el Ermitaño será otro de los que no entendía nada acerca del reino de los cielos, cometiendo grandes desmanes. Y uno de los últimos entre tantos otros, ha sido el famoso Ricardo Corazón de León. He aquí un breve relato de esta historia:

Clermont será el nuevo lugar que escoja Urbano para hacer calar su propuesta de reclutar un ejército que enfrente al enemigo musulmán. El papa ha dejado filtrar rumores sobre su discurso de clausura en este nuevo concilio, discurso en el cual supuestamente hará alusión a la Tierra Santa y a Jerusalén. La fecha, 27 de noviembre de 1095.

Allí Urbano utilizó todas sus habilidades como gran orador que era, y relató el padecimiento de Jerusalén bajo el puño turco, de cómo sus habitantes cristianos gemían pidiendo ser rescatados, y cómo él, como cabeza visible de la iglesia, tenía la sagrada labor de convocar a los más valerosos y piadosos guerreros para que hicieran el voto de ir en peregrinaje hasta el Santo Sepulcro, sobreponiéndose a cualquier obstáculo que los infieles pusieran en su camino, y liberando en el proceso a la santa ciudad. Después de esta intervención, la multitud prorrumpió en gritos delirantes, exclamando: «*¡Deus vult!*» [¡Dios lo

quiere!]. Inmediatamente, Adhemar de la Puy, obispo del lugar, se inclinó ante el papa y le solicitó lo reconociera como su primer voluntario. Entonces, Urbano tomó una cruz de tela roja y se la dio para que la cosiera en sus vestimentas como símbolo de su misión. Inmediatamente, el resto de las personas corrió por trozos de tela roja hasta agotar las reservas que de éstas había en el pueblo. Luego empezó a ocurrir lo mismo en el resto de Francia, y luego en el resto de Europa. La locura era increíble.

Urbano, con su discurso de Clermont, había sacudido a toda Europa y la había envuelto en una bruma de fanatismo religioso. Miles quisieron acudir al llamado, aun antes de que siquiera se organizase el ejército que marcharía a liberar la Tierra Santa.

Pedro el Ermitaño, sin esperar a que se formara el gran ejército cristiano, después de haber obtenido el apoyo de otros grupos de origen semejante, procedió a atravesar Europa hasta Constantinopla. Durante el viaje, los *soldados de Pedro* cometieron toda clase de desmanes contra los habitantes de las regiones atravesadas. En particular, sometieron a pillaje numerosos pueblos y realizaron más de una masacre de judíos, considerando que asesinar a los verdugos de Jesús era el más piadoso de los actos.

Entre los musulmanes el recuerdo de las Cruzadas aún levanta ampollas. A los cristianos hasta el día de hoy se los ven identificados con las Cruzadas. De echo, este es uno de los temas que más se enseñan en los ámbitos islámicos, en la constante propaganda anticristiana.

Será luego también Francisco de Asís —cuya vida devocional y contemplativa de austeridad y entrega total a su Señor personalmente admiro en gran manera—, quien con muy buenas intenciones, pero con poco o casi nada de discernimiento acerca de la estrategia de Dios, se asocia a las Cruzadas, aunque sin él tomar las armas, con la sincera intención de llevar el evangelio a los musulmanes. Aquí un breve relato del mismo:

Durante el segundo capítulo general (mayo de 1219), decidido llevar adelante su proyecto de evangelizar a los infieles, Francisco encargó

una misión distinta a cada uno de sus discípulos más aventajados, y se reservó para sí mismo el sitio de la guerra entre los cruzados y los sarracenos. Con once compañeros, que incluían al Hermano Iluminado y a Pedro de Cataneo, Francisco se embarcó en Ancona el 21 de junio, rumbo a San Juan de Acre, y estuvo presente durante el sitio y la toma de Damietta. Luego de predicar ahí ante las fuerzas cristianas, Francisco se pasó sin temor al campo de los infieles, donde fue tomado prisionero y llevado ante el sultán. Según el testimonio de Jacques de Vitry, quien estaba entre los cruzados en Damietta, el sultán recibió a Francisco cortésmente, pero, fuera de haber obtenido del gobernante un trato más indulgente que el de otros prisioneros cristianos, la predicación del santo no tuvo mayor efecto. Se cree que, antes de retornar a Europa, visitó Palestina y obtuvo ahí para los frailes el derecho que aún conservan, de ser los guardianes de los santos lugares.

En los comienzos del siglo XXI, ruego a Dios que no nos vuelva a alcanzar otro oscurantismo semejante, y mucho menos que venga de parte de los llamados evangélicos. Entonces, que sea un «nunca más» ya que, aunque no nos involucre de manera directa, lo ocurrido en los siglos anteriores lo han hecho indirectamente, principalmente entre los más de mil doscientos millones de musulmanes que hay en la actualidad.

La estrategia de Dios

Entonces dijo David al filisteo: Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado [...]. Y sabrá toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos. (vv. 45, 47).

Felizmente, David era un verdadero hombre de Dios. Y por eso él supo que con esas cargas tan pesadas no llegaría demasiado lejos. Fue así que muy sabiamente tomó una decisión muy importante: «David echó de sí aquellas cosas». Como ya hemos dicho,

él había comenzado a conocer a Dios entre sus ovejas, realizando sus labores cotidianas. Estaba allí, conociendo a Dios en profundidad, teniendo íntima relación con Él. Una relación de amor. Estaba conociendo a Dios de manera íntegra; su personalidad, sus atributos, sus secretos, sus planes, sus proyectos, sus reacciones ante cada situación, etcétera. Dios había salvado muchas veces a David, lo había protegido, lo había respaldado, ayudado, y muchas cosas más. Por lo tanto, sabía que esta vez no iba a ser diferente, Dios estaría con él, por más grande y fuerte que pudiera parecer el enemigo. Por otra parte, David sabía muy bien que siempre es mejor hacer las cosas a la manera de Dios, utilizando sus estrategias y no las nuestras, por mas piadosas que puedan parecer. En la estrategia de Dios no hay lugar para el temor, por el contrario, uno sabe que la victoria está asegurada. La estrategia de Dios da seguridad. Y David sabía muy bien esto, es por eso que fue el único que no se dejó amedrentar por las palabras del enemigo.

David sabía también que los hombres, como en los casos de Saúl o Goliat, van a la batalla con armas humanas (yo diría más bien, diabólicas), grandes armaduras de bronce y de acero reforzados; pero los que hemos recibido una revelación clara acerca del reino de Dios, sabemos:

Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (1 Corintios 10.3-5).

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. [...] Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que

podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar (Efesios 6.12-20).

Lo lamentable es que muchas veces conocemos muy bien estas cosas, en la teoría, pero en el momento de vivir ciertas situaciones, nuestra práctica no se correlaciona con nuestra teoría. En cambio David, vivía lo que sabía, y sabía lo que creía.

Otro aspecto de suma importancia es que una de las armas más poderosas que Dios ha puesto en nuestras manos, que no siempre sabemos usarla del todo bien, es su poderoso Nombre. Pablo nos exhorta sobre esto diciendo:

Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él (Colosenses 3.17).

No debemos utilizar el nombre del Señor como si fuera una palabra mágica. Pero sí, debemos enfrentar cada situación, máxime si estamos ante alguna batalla, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Poniendo nuestra fe en su Nombre, que significa que no venimos en nuestro propio nombre, sino que venimos como enviados de Él, como sus delegados, sus representantes, sus embajadores, como sus administradores. Sabiendo de esta manera, y proclamando a la vez, que no es con nuestra fuerza, ni con nuestro poder, ni con nuestra sabiduría, sino que es el Dios Todopoderoso, Fuerte y Temible, quien lo hará, utilizando nuestras vidas para la gloria de su Nombre.

Estamos hablando aquí de cosas muy serias, profundamente importantes. Nos estamos refiriendo a que los planes que Dios

había preparado desde antes de la fundación del mundo, al fin se verán cumplidos a través de nuestras vidas. No estamos hablando simplemente de cumplir con un programa X de la iglesia como institución. Es por eso, entonces, que una vez más repetiremos sin temor a cansarnos, que no es con estrategias humanas, sino con la estrategia de Dios.

Y sabrá toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos (1 Samuel 17.47).

Hablando acerca de la estrategia de Dios, no puedo dejar de mencionar que desde hace ya muchos años Él nos ha mostrado a través de nuestros mayores, siervos suyos, la estrategia divina para la edificación de la iglesia, revelada hace casi dos mil años a la iglesia primitiva y que el apóstol Pablo explica con detalles usando como base Efesios 4.6-16. Por cuestiones de espacio y tiempo no voy a entrar en este tema aquí, solo quería hacer mención de esto porque es considerado de suma importancia para nuestro ministerio. Pero solo diré que Dios nunca deja librado a nuestro antojo la manera en que será realizada su obra, sino que más bien Él nos entrega sus planos en detalle de cómo debemos edificar su reino.

Como ejemplo de esto podemos ver que es Dios mismo quien le da los planos detallados, primero a Noé, para que construya el arca de salvación, hecho relatado en Génesis 6.14-16:

Hazte un arca de madera de gofer; harás aposentos en el arca, y la calafatearás con brea por dentro y por fuera. Y de esta manera la harás: de trescientos codos la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura, y de treinta codos su altura. Una ventana harás al arca, y la acabarás a un codo de elevación por la parte de arriba; y pondrás la puerta del arca a su lado; y le harás piso bajo, segundo y tercero.

Mas adelante Dios le entrega a Moisés los planos detallados para que este construya el Tabernáculo, que representaba la morada

de Dios. Entre otros detalles más, le mostró cuales serían los materiales a utilizar, sus dimensiones, etcétera. Esto esta relatado con lujo de detalles en Éxodo 26-27.

Luego cuando el rey David se disponía a construir una casa para Dios, pero que al final será su hijo Salomón quien la lleve a cabo, otra vez fue Dios mismo quien le entregó los planos a David, donde le mostraba de manera totalmente detallada cómo debía ser construido, qué materiales deberían ser usados, cómo serían los muebles interiores. Hasta fue el mismo quien capacitó de manera sobrenatural, con distintos oficios, a ciertos hombres para que realizaran esta obra. Dios es tremendamente maravilloso y no se le escapa ningún detalle. Todo esto podemos hallarlo en 1 Reyes 6 y en 2 Crónicas 2 al 4.

Mira, pues, ahora, que Jehová te ha elegido para que edifiques casa para el santuario; esfuérzate, y hazla. Y David dio a Salomón su hijo el plano del pórtico del templo y sus casas, sus tesorerías, sus aposentos, sus cámaras y la casa del propiciatorio. Asimismo el plano de todas las cosas que tenía en mente para los atrios de la casa de Jehová, para todas las cámaras alrededor, para las tesorerías de la casa de Dios, y para las tesorerías de las cosas santificadas [...]. Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño (1 Crónicas 28.10-12, 19).

Entonces, para resumir: si Dios encomendó a sus siervos Noé, Moisés y David la noble tarea de construir el arca de salvación, el tabernáculo de reunión y el templo, que serían figura de la morada de la presencia de Dios, y a la vez les entregó todos los planos con tantos detalles, ¡cuanto más nos entregará los planos detallados para la construcción del templo santo, que es la iglesia, casa de Dios espiritual y verdadera, donde Él mora en plenitud! Estamos entendiendo entonces que no podemos edificar a nuestro antojo. No podemos hacer su obra como mejor se nos ocurra o como simplemente podamos, ni tampoco debemos hacerla de

esta manera u otra, por la simple razón de que así lo han hecho nuestros antepasados. No es con estrategias humanas sino con la estrategia santa y divina de Dios que haremos la obra. ¡Amén!

La estrategia que Dios nos dio

Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio (1 Timoteo 1.12).

Como obreros del Señor de origen latino, trabajando en un país musulmán por voluntad y llamado de Dios, nos sentimos muy privilegiados y bendecidos de poder estar realizando tan digna tarea y servicio a nuestro Amado y a su pueblo en un lugar tan lejano y diferente. Con los años que llevamos viviendo en este país, nos sentimos como si estuviéramos en nuestra propia casa. Y experimentamos en forma creciente que este es nuestro lugar, el que Dios escogió para nosotros. Esto nos hace estar felices. Hemos aprendido a disfrutar de las cosas que tenemos aquí, y de las que no tenemos también. Estamos muy bien insertados en la sociedad y no son pocos los que nos dicen que somos uno más de ellos. Amamos el país y amamos a su gente. Vivimos aquí seguros y en paz. Tenemos plena libertad en nuestros espíritus. Porque Jesucristo es nuestra seguridad, nuestra paz y nuestra libertad. ¡A Él sea la gloria!

Primeramente, como parte de la estrategia que Dios nos dio en este país, fuimos guiados a tener una actitud humilde de corazón, cosa que consideramos fundamental para realizar nuestro ministerio. Debíamos aprender a mantenernos en humildad. Dios nos ha hecho pasar durante el primer año que hemos estado en este país por una escuela de vivencias muy importantes. Estábamos llegando a un país nuevo, diferente al nuestro, y teníamos que comenzar toda una vida nueva. Teníamos que aprender un nuevo idioma, totalmente diferente. Teníamos que aprender costumbres de vida diferentes. Teníamos que adoptar nuevas comidas y

sabores. Teníamos que aprender a conocer cuál era la cosmovisión de los habitantes locales, para comprender porqué muchas veces reaccionaban de la manera como lo hacían. Teníamos que aprender nuevos códigos de convivencia. Teníamos que aprender un nuevo estilo de comprar y vender. Por ejemplo, tuvimos que aprender a manejar tres monedas diferentes, con valores diferentes, pero que se usan en el mismo lugar a la vez, por lo que al principio, debíamos ejercitarnos en complicados cálculos mentales para discernir exactamente el precio que nos estaban dando. Como esta, tantas otras situaciones y costumbres que tuvimos que aprender y adoptar. Por otra parte, juntamente con este aprendizaje de vida, teníamos que aprender a realizar la obra de Dios en un modo diferente. Ya se nos había advertido que aquí no era posible hacer la tarea misionera a la manera tradicional de los países de occidente. Entonces, el sentimiento que muchas veces experimentábamos era que no sabíamos hablar, ni hacer las cosas que normalmente hacen los locales, ni hacer la obra. Así que, como niños, debíamos comenzar desde cero a pensar, a caminar, a hablar. El proceso no ha sido fácil ni demasiado divertido, pero con la ayuda de nuestro buen Dios lo hemos pasado bastante bien y aún seguimos aprendiendo muchas cosas.

Entonces, la primera cosa que el Señor nos enseñó, como ya comentamos, fue referente a nuestra actitud de corazón. Debíamos aprender y permanecer en humildad. El Señor nos dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11.29). La humildad en lo ministerial, significaba guardar nuestro librito de enseñanzas *Los diez pasos más efectivos para realizar la obra de Dios* y embanderar aquel dicho del antiguo filósofo griego Sócrates, cuando expresaba: «Solo sé que no sé nada», para comenzar así de cero. Significaba también archivar los años de experiencia que habíamos tenido en nuestro país, para comenzar a tener nuevas experiencias y descubrir la estrate-

gia de Dios en este contexto diferente. En lo práctico esto significaba tener que conocer a Dios en una nueva dimensión.

Habíamos comenzado una nueva y muy diferente etapa de nuestras vidas. Veníamos de tener un ritmo de vida muy activo, donde las veinticuatro horas del día no nos alcanzaban para todas las cosas que debíamos hacer. Eran muchas las actividades laborales y ministeriales, y teníamos cierto reconocimiento entre las personas que pertenecían a nuestro contexto. Pero ahora, todo se había tornado diferente. Nuestras actividades dieron un giro de ciento ochenta grados. Ya nadie nos conocía. Habíamos dejado de ser personas «importantes». La aprobación de Dios y unos pocos amigos que estaban en nuestra misma situación, era lo único con que contábamos.

Lo segundo, también de gran importancia, fue algo en lo que Dios mismo nos fue encaminando. La estrategia de Dios era que reconociendo a la pequeña iglesia nacional existente, nos sujetáramos a su liderazgo y que nos uniéramos con ellos para que, de manera conjunta y en estrecha comunión, realizáramos la obra que se nos había encomendado. Así fue que Dios nos encaminó para relacionarnos con un obrero local, con el cual llegamos a trabajar en una unidad muy linda. Teníamos que reconocer a las autoridades que Dios mismo levantó en ese lugar y que nosotros, por más enviados que fuéramos, no podíamos ignorar ni pasar por alto. Esto significaba trabajar en sujeción a la pequeña iglesia nacional y a sus líderes.

Otra de las cosas fundamentales que entendimos como parte de la estrategia de Dios para realizar su obra entre musulmanes y completar de esta manera sus propósitos, fue la de tener una actitud de corazón constante ante la realización de la obra de Dios. Una disposición permanente para realizar la tarea. Un obrero de tiempo completo en cuanto a la actitud de corazón. O podríamos llamarle también, intencionalidad. Aunque este tema lo desarro-

llaremos más ampliamente en el próximo capítulo, solo quiero expresar aquí que esto surgirá como producto de tener una visión clara de parte del Señor, una total certeza del llamamiento ministerial que Él nos hizo.

Básicamente, estas tres actitudes a las que el Señor nos había encaminado, fueron las herramientas fundamentales que hicieron posible que a los dos años y medio de estar en el país, pudiéramos comenzar con la primera congregación en una ciudad de un millón de habitantes, y en la que por muchos años no había habido iglesia. Fueron estas mismas tres actitudes las que hicieron que, cuando nos trasladamos más de dos años después a otra ciudad donde tampoco había iglesia nacional establecida ni obreros cristianos, la joven iglesia orara por nosotros con imposición de manos, saliendo de esta manera comisionados por ellos y, como un acto simbólico, también nos entregaron una ofrenda.

Algunos colegas, viendo y escuchando estas y otras cosas que el Señor en su inmensa misericordia nos permitió vivir a muy poco tiempo de haber llegado al país y con un nivel de idioma bastante bajo, comentaban: «Bueno, es una excepción». Pero quiero proclamar aquí, que Dios no hace acepción de personas. Y lo que hemos vivido por su gracia, cualquiera puede vivirlo, si se dispone de todo corazón. Lo que Dios nos ha permitido vivir no es la excepción, sino la normalidad de Dios. La excepción es no llevar fruto para el reino de Dios. Nosotros no tenemos más experiencias ministeriales que la gran mayoría de nuestros colegas no tenemos mayor preparación teológica que la gran mayoría de ellos, no tenemos conocimientos de las mejores estrategias y modelos de plantación de iglesias que muchos otros pueden tener. Solamente hemos tratado de estar siempre con una actitud correcta de corazón, lo cual agrada a Dios, y un espíritu de fe, creyendo todo lo que nos dice nuestro Padre.

Hermano, tú también puedes hacerlo. Y no solo puedes, ¡sino que debes hacerlo! Dios quiere levantar un ejército con estas características, para su gloria. ¡Amén!

Intencionalidad en la obra

HAMZA ES UN JOVEN universitario proveniente de una familia musulmana, que conoció al Señor y le entregó totalmente las riendas de su vida. Verdaderamente este joven comprendió el señorío de Cristo y hoy vive como un ciudadano del reino de los cielos, un verdadero embajador del reino de Dios en la tierra. Es un joven despierto, sin prejuicios y libre de temores. Conoció la Verdad y la Verdad lo hizo libre. Es muy abierto en sus relaciones y disfruta con gozo todo lo que vive en su nueva vida con Cristo. Prontamente comprendió que su vida ya no le pertenecía y por eso está totalmente dedicada a su Señor. Tomó los beneficios de la salvación para su vida, pero no se quedó solo con eso, también comprendió sus responsabilidades en el reino, para con Dios.

Él supo que lo que había encontrado era maravilloso y que tenía que compartirlo con los demás. ¿Pero cómo podía hacerlo viviendo en un país donde no hay libertad para compartir su fe con

cualquier persona? Sabía que algo tenía que hacer. Así fue que, por iniciativa propia, comenzó a trabajar desde Internet. Escribió en la sección de amistad y correspondencia de un periódico, anunciando que él era cristiano y que se contactaran con él todos aquellos que quisieran relacionarse y compartir acerca de estas cosas. En sus datos solo había puesto una dirección de correo electrónico. Pronto comenzaron a contestar a aquel anuncio. Uno, dos, cinco, diez; al cabo de unos meses ya se habían contactado más de trescientos personas. Y esto sin siquiera tener una computadora en su casa. El segundo paso fue conseguirse un teléfono móvil, y con aquellos que habían escrito y estaban más interesados, intercambiaba su número de teléfono con ellos. Así fue que luego comenzó a encontrarse con algunos. De este trabajo podemos asegurar que ya hay fruto: ¡algunos jóvenes ya asisten a la iglesia en su ciudad y se han bautizado!

Este joven, con apenas dos años de convertido, está llevando fruto para gloria de Dios, y esto, sencillamente, porque comprendió lo que es vivir en el reino de Dios, y en gratitud y obediencia se dispuso a servir a su Señor. Al principio tal vez no sabía como lo iba a hacer, pero por tener un corazón dispuesto, comenzó a vivir con intencionalidad su nueva vida en Cristo, y de esta manera era Dios mismo quien le daba creatividad, le marcaba el camino a seguir y la estrategia a usar. ¡A Dios sea toda la gloria!

Intencionalidad

Una vez más, David es nuestro ejemplo, y aún utilizando sólo esta historia de su enfrentamiento con Goliat, podremos presentar a un hombre que vivía intencionalmente. Podemos decir que cumplía sus responsabilidades no basado en las circunstancias de la vida, sino que con intencionalidad era él quien buscaba las oportunidades. Una persona que vive con intencionalidad es la que está buscando las oportunidades para cumplir la voluntad de

Dios en su vida, es alguien que desea que los planes de Dios sean cumplidos y vive para eso. Alguien que cumple su ministerio con intencionalidad, con responsabilidad, vive su vida con un sentido de urgencia, hasta que el propósito eterno de Dios sea cumplido, hasta que: «Toda la tierra sea llena del conocimiento de la gloria de Dios como las aguas cubren la mar».

Ya hemos visto cómo David, al llegar al campamento del ejército de Israel, escucha al gigante, desafiante y orgulloso de su fuerza y poderío. Por otro lado, encuentra al pueblo de Dios temeroso y desconcertado. ¿Qué hace David ante semejante situación? No se suma al bando de los desanimados sino que asume una actitud diferente. Primeramente comienza a preguntar qué es lo que está pasando. Y con una actitud de corazón como la que agrada a Dios, se presenta como voluntario para ir al frente de batalla en contra de este enemigo. David no miró cuán enormemente gigante era el enemigo, ni cuán poderoso, ni cuán fiero podría parecer. Tampoco se sentó a mirarse a sí mismo diciendo: «No puedo, soy muy chico, no tengo el entrenamiento apropiado, creo que no es mi don». Sino que por el contrario se dispuso voluntariamente para enfrentar al enemigo. Ni siquiera esperó a que hubiera una convocatoria o a que alguien le preguntara si se animaba. Él, por su propia disposición y con verdadera convicción, se ofrece. Se dispone. Y no espera, sino que es él mismo quien avanza hacia el objetivo con intencionalidad. David era un hombre que tenía una visión clara y vivía con intencionalidad.

Veamos algunos relatos que nos describen más esta actitud de David:

Y tomó su cayado en su mano, y escogió cinco piedras lisas del arroyo, y las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía, y tomó su honda en su mano, y se fue hacia el filisteo [...]. Y aconteció que cuando el filisteo se levantó y echó a andar para ir al encuentro de David, David se dio prisa, y corrió a la línea de batalla contra el filisteo (vv. 40, 48).

Deberemos destacar una gran actitud que demuestra David en estos pasajes. Por todas las cualidades que ya hemos nombrado anteriormente, no era una persona pasiva, ni que se quedara esperando a ver qué iría a pasar. No era de las personas que andan buscando confirmaciones de las confirmaciones de lo que Dios ya expresó tan claramente. Otros, en cambio, están esperando que Dios «obre» para confirmar así que «esta es la voluntad de Dios porque Dios está obrando». Ese tipo de confirmaciones y reconocimientos las puede hacer cualquiera, no hace falta ser muy profeta para eso. Como hijos de la gracia y del nuevo pacto, tenemos que despertar y reconocer que se acabó el tiempo donde Dios guiaba a su pueblo con la nube de día y con la columna de fuego por la noche, y cuando la nube se movía, el pueblo se movía; cuando la nube se detenía, el pueblo se detenía. Hemos entrado en el tiempo donde Dios dice: «Id a todas las naciones [...] y yo estaré con vosotros». Ahora la nube ya no está *sobre* nosotros, la nube está *en* nosotros, está *dentro* de nosotros. Y donde tú vayas la nube irá contigo, esa nube es la presencia de Dios en tu vida, es la plenitud del Espíritu Santo en ti. Por lo tanto ve, que donde tú vayas el Señor estará contigo. ¿Qué estamos esperando? ¡Vivamos la vida con intencionalidad! El Señor, de la misma manera que habló con Josué, también nos dice a nosotros:

Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas (Josué 1.9).

Si tú eres un líder en la iglesia, tienes una gran responsabilidad. Seguro que esto ya lo sabías, pero quiero decirte que si tú eres un líder, tú eres la nube para la iglesia, en ti esta la nube. Entonces, no te detengas, porque si te detienes todo el pueblo se detendrá, la iglesia se detendrá, la predicación del evangelio hasta lo último de la tierra se detendrá, el avance del reino de Dios a todas las naciones se detendrá. Camina, avanza, conquista, el Señor estará

contigo todos los días hasta el fin del mundo. Vive con intencionalidad.

Primeramente, vemos esta actitud en David al escuchar al filisteo desafiante delante de los escuadrones de Dios. No se quedó esperando lo que iba a ocurrir, sino que se sintió personalmente desafiado y comenzó a preguntar acerca de los hechos, pero con una clara intención de buscarle una solución a la situación. Luego, cuando ya fue informado de los acontecimientos ocurridos se dispuso delante de Dios a ser parte de la solución. Había una batalla que debía ser librada y él no se hizo esperar. De esta manera llegamos al relato de estos dos pasajes, donde vemos esa intencionalidad que había en David. Así, habiéndose quitado las pesadas armaduras de encima, ahora se dispone, tomando su cayado, escogiendo cinco piedras, toma su honda, «se va hacia el filisteo». Luego vemos que cuando Goliat comienza a avanzar hacia David, este «se dio prisa, y corrió a la línea de batalla contra el filisteo».

David, totalmente dispuesto, sale a atacar a su contrincante, no se queda a esperarlo. Lo hace consciente de que esta no es una simple lucha más, sino sabiendo que esta es una batalla que indefectiblemente deberá ser ganada para que el pueblo de Dios avance en la conquista de la tierra por Él prometida.

Entonces, teniendo una tan clara visión de las realidades espirituales, teniendo una clara visión acerca del reino de Dios y de su propósito eterno que ha de cumplirse simplemente porque así Él lo dispuso, y teniendo un completo conocimiento de lo que las Escrituras nos revelan que es la voluntad de Dios, no hay motivo alguno para quedarse esperando a ver qué es lo que irá a ocurrir. Tenemos la visión, tenemos las armas espirituales, tenemos el enemigo enfrente: ¿a qué esperar? ¿Por qué esperar que sea el enemigo quien ataque? De hecho, es probable que el enemigo no nos ataque nunca frontalmente, él en realidad lo que quiere es

mantenernos ocupados, preocupados, o dicho de otra forma, entretenidos. Que siga pasando el tiempo y así él se va salvando. Pero la voluntad de Dios no es esa. La voluntad de Dios no es que sigamos perdiendo tiempo en la lucha contra el enemigo y el pecado. La voluntad de Dios es que de una vez y por todas terminemos con este enemigo que pretende tener todo el poderío. Proclamándose el príncipe de este mundo, este perverso enemigo ha querido ponerse en el lugar de Dios.

El ejército de Israel, por más de cuarenta días, cada mañana y también por las tardes, se ha estado preparando para la batalla, formándose en posición de guerra. Aún hasta daban el grito de guerra. Estaban posicionados frente al enemigo. Podemos creer que darían la impresión de ser feroces guerreros... ¡pero nada! Ahí se quedaban, sin avanzar, porque la realidad era que estaban muertos de miedo. Tampoco el enemigo atacaba, ya que, como hemos dicho, la realidad es que no le interesa atacar. Porque, logrando mantenernos en esa posición pasiva, ya nos ha ganado la batalla.

Pero David tenía otra posición. Tenía claridad. Entonces actuaba. Había en David una intencionalidad. Una actitud de corazón. Y esta es otra cosa de suma importancia para el cumplimiento de los propósitos de Dios: intencionalidad es fe puesta por obra. No es suficiente solamente con tener una visión clara, es necesario también vivir en esa visión, desarrollar lo que estamos visualizando. Es cuando la visión se transforma en la meta de mi vida. Vivo *para* esa visión, vivo *por* esa visión. Es decir que, no me quedo solamente en una visión, sino que ahora me dispongo a avanzar y a edificar sobre esa visión. Es lo que de alguna manera estaba haciendo nuestro querido David. ¿A qué esperar? Ya no estemos a la defensiva, sino avancemos en pro del cumplimiento de los propósitos de Dios. Intencionalidad es también un sentido de urgencia. Hay un deseo de Dios, Él tiene un

plan, un propósito, dependerá de nosotros que se cumpla en nuestra generación.

La intencionalidad en Caleb

Por dar otro ejemplo, esta misma actitud o intencionalidad era la que tenía Caleb cuando, junto con Josué y otros, fueron enviados como espías a reconocer la tierra. Diez de estos espías volvieron atemorizados de haber visto aquellas grandes ciudades fortificadas. Habían visto que sus habitantes constituían un pueblo fuerte y de gigantes. En realidad eran una raza de gigantes. Los enviados se veían así mismos como langostas delante de semejantes hombres. Pero en cambio Caleb, que había visto la misma realidad que los demás espías, tenía otra actitud:

Entonces Caleb hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo:
Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos (Números 13.30).

Caleb, al igual que David, tenía una visión clara. Conocía a su Dios y cuáles sus planes, pues Él se los había expresado con total claridad, y por lo tanto, no veía absolutamente ningún motivo para no avanzar. Los gigantes enemigos no lo amedrentaban, pues sabía que tenía la victoria asegurada por ir en el nombre del Señor. Entonces, ¿a qué esperar? Dijo Caleb: «Subamos luego, y tomemos posesión de ella». ¿Por qué quedarnos esperando? ¿Esperando qué?

Una vez más, Caleb junto a Josué, se levantan ante la congregación y con gran ánimo los exhortan:

Y Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone, que eran de los que habían reconocido la tierra, rompieron sus vestidos, hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agradare de nosotros, él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová,

ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis (Números 14.6-9).

¡Qué hermoso que Dios a lo largo de la historia haya tenido siempre personas conforme a su corazón! Personas que habiendo entendido el reino de Dios se dispusieron bajo Su gobierno total y rindieron sus vidas al Rey de reyes. Caleb y Josué, como así también David, son un magnífico ejemplo de esto. Había en ellos una visión muy clara de las cosas según Dios. Ellos sabían cuál era el propósito, también tenían un mandato o comisión de parte de su Señor, que por supuesto debía ser obedecida. Conocían al Dios que los estaba comisionando. Y sabían que obtendrían la victoria porque esta era Su voluntad.

¿Encontrará Dios en nosotros, hombres y mujeres conforme a su corazón? ¿O seremos como las multitudes que, conociendo a Dios, no se terminan de sujetar a Él, dejándose llevar más por lo que ven sus ojos carnales que por lo que Dios dice que ha de ocurrir, o lo que hemos de hacer? Personalmente, querido hermano, quiero ser hallado fiel a mi Señor. Quiero conocerle cada día más, y, habiendo recibido una clara revelación acerca del reino, quiero sujetarme a Él y a sus propósitos, para que su Nombre sea glorificado. Para que su propósito sea cumplido. Quiero vivir cada uno de mis días con intencionalidad, con ese sentido de urgencia de completar los planes divinos. Intencionalidad en obedecer a Dios.

La Palabra de Dios en nuestras vidas se traduce en fe, y esa fe se debe transformar en obediencia, una obediencia solícita. Es decir, solícitos en que se cumplan los más profundos deseos de Dios. Deberá haber en nuestras vidas una actitud dispuesta a avanzar, a conquistar, a edificar, a hacer que el gozo del Señor sea completo. Deberá haber en nuestras vidas intencionalidad.

Reafirmando el concepto, tener intencionalidad para realizar

la obra es contar con la misma actitud que movilizó a David, tal como lo vemos en el v. 48, que ya antes mencionamos:

Y aconteció que cuando el filisteo se levantó y echó a andar para ir al encuentro de David, David se dio prisa, y corrió a la línea de batalla contra el filisteo.

¡David se dio prisa y corrió a la línea de batalla! Otra vez, no se quedó a esperar que se dieran los acontecimientos para ver cómo podía llegar a actuar después.

Está todo muy claro. Conocemos a Dios, conocemos su propósito eterno, nos fueron entregados mandamientos muy claros para que cumplamos, hemos conocido la estrategia de Dios para realizar la obra, la tierra prometida está delante nuestro, qué importa que esté el enemigo parado allí fuertemente armado. Sabemos que somos más que vencedores por medio de Jesucristo. Tenemos la victoria asegurada. Ya conocemos cuál será el final de la película. ¿A qué esperar? ¡Avancemos! ¡Conquistemos! ¡Poseamos la tierra! La victoria es nuestra. Esto es actitud. Esto es intencionalidad en la obra.

Una cuestión de identidad

HACÍA TRES AÑOS y medio que habíamos dejado nuestra patria para servir al Señor en este nuevo país musulmán, hoy nuestra tierra de adopción. Era el momento de volver por primera vez a nuestro país de origen. Visitaríamos a nuestra familia y a algunas iglesias que nos habían estado apoyando, sosteniendo, e intercediendo a favor de nuestras vidas y ministerios. Había muchas expectativas en nuestros corazones por aquel primer regreso, y estábamos preparando el viaje con bastante tiempo. Pero una de las experiencias que más nos marcarían como familia en aquellos días, no sería nuestro retorno a Sudamérica sino nuestra partida del Norte de África.

Hacía apenas poco más de un año que por la gracia de Dios habíamos sido parte activa en el nacimiento de una nueva congregación en nuestra ciudad. Ya para ese entonces nos juntábamos cada semana con unos quince preciosos hermanos nacionales. Estaban creciendo en unidad y conocimiento de la

Palabra, como así también en el servicio, y algunos ya se perfilaban para el ministerio. Nosotros también crecíamos junto a ellos, seguíamos aprendiendo el idioma local y estábamos haciendo la mejor escuela de ministerio que podamos haber conocido. Estábamos aprendiendo a realizar la obra de Dios en un contexto muy diferente al de nuestro origen. Muchos de los encuentros de la joven iglesia se habían hecho en nuestra casa. Habíamos realizado varios bautismos y reuniones especiales, como por ejemplo la celebración de la Navidad y del día de Resurrección. Habíamos hecho algunas salidas campestres, pasando el día en comunión y compartiendo nuestro culto al Señor en las cercanías de algún lago, donde también pudimos tener algunos bautismos más.

Nuestro amado Padre nos estaba mimando exageradamente, y nosotros estábamos viviendo todas estas cosas bajo una expectativa llena de asombro de ver lo que Dios estaba haciendo con nosotros. Pero llegó el momento de la partida y comenzaron las despedidas. Íbamos a estar fuera solamente por un par de meses, pero por la magnitud de las despedidas parecía que íbamos para nunca más volver. El día domingo cuando nos juntamos con la iglesia, hasta la Palabra fue especialmente preparada para nosotros. Luego oraron por nosotros y nos llenaron de regalos. También algunos nos dieron presentes para que lleváramos a nuestra familia. De más está decir que las lágrimas corrían por todos lados. Nuestros nuevos hermanos, a los que apenas hacía poco más de un año habíamos conocido, estaban llorando nuestra partida y nos honraban como a personas importantes entre ellos. Si bien todo ese mismo amor que nos manifestaban también lo sentíamos nosotros hacia ellos, fue recién por esos días que nos dimos verdadera cuenta de lo que Dios había hecho en nuestras vidas y con nuestros hermanos locales. El Señor había cumplido su promesa de que: «Al que deja padre y madre, e hijos...». Él le daría cien veces más en esta tierra. Habíamos dejado mucho en nuestra

patria, pero Dios nos había dado mucho más en nuestra nueva tierra. Nos había dado una nueva y verdadera familia. No estábamos solos, y no éramos extraños para nuestros queridos hermanos. Éramos uno más de ellos. Nos habían aceptado. Nos incorporaron de verdad a sus vidas. Nos amaban. Recibían nuestro amor. Lloraban con nosotros mientras nos abrazaban, pues no nos verían por un par de meses después de un año intensivo de compartir cosas muy lindas, juntos en el Señor. Éramos parte de su identidad, como familia. Ellos hoy son parte de nuestra identidad en Cristo. Son nuestra familia. Solo Dios puede hacer cosas tan preciosas como estas.

¿De quién eres hijo?

Otra de las cosas que me llamó muchísimo la atención al leer esta historia de 1 Samuel 17, y la he remarcado con especial atención, tiene que ver con las interesantes preguntas que realiza el rey Saúl:

Y cuando Saúl vio a David que salía a encontrarse con el filisteo, dijo a Abner general del ejército: Abner, ¿de quién es hijo ese joven? (v. 55).

Y le dijo Saúl: Muchacho, ¿de quién eres hijo? Y David respondió: Yo soy hijo de tu siervo Isai de Belén (v. 58).

Es muy interesante la pregunta de Saúl al general del ejército llamado Abner. Saúl quiso conocer quién era este intrépido jovencito. El v. 55 nos muestra que Saúl pregunta acerca de la identidad de David, momentos antes de que David saliera a enfrentarse con el gigante Goliat. Y luego en el v. 58, Abner lo trae delante del rey, y es este mismo quien le hace la pregunta: «Muchacho, ¿de quién eres hijo?».

Muchas veces cuando vemos a una persona que es como en el caso de David, un poco intrépida y osada, que emprende cosas y es como que le va bien en la vida, el comentario que surge a veces

es: «Lo que pasa es que tiene un carácter fuerte, tiene personalidad». Es probable que así sea. Puede ser una persona con una gran personalidad que lo impulsa a hacer cosas grandes y distintas. Pero ¿de dónde viene esa personalidad tan marcada?

Como es de nuestro conocimiento, la personalidad la heredamos de alguno de nuestros padres o será en todo caso, una combinación de la personalidad de ambos padres, pero siempre es algo que recibimos desde nuestro nacimiento. El carácter, por el contrario, va siendo formando en nosotros desde pequeño por medio de la educación y el trato que vamos adquiriendo. Tiene que ver más con el contexto donde estamos creciendo y siendo formados. No pretendo que estas definiciones sean académicas, ni mucho menos, pero en general se conoce este planteo como lo más aproximado a lo real. Nosotros, como hijos de Dios, en nuestro nuevo nacimiento hemos recibido una nueva personalidad que hemos heredado de nuestro Padre.

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas (2 Corintios 5.17).

Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Efesios 2.10).

Como le enseñaba Jesús a Nicodemo, hemos nacido de nuevo en Cristo Jesús. Hemos nacido del agua y del Espíritu. Tenemos nueva vida. Tenemos una nueva personalidad en Cristo. Esto proviene básicamente, de la imagen de Dios que ha sido restaurada en nosotros. Entonces, tenemos una nueva personalidad, somos nueva criatura, creados en Cristo Jesús para buenas obras. ¡Aleluya! También está el carácter, pero este va siendo formado de acuerdo a la educación cristiana que vamos recibiendo, al contexto donde estamos creciendo espiritualmente. Dependerá en gran parte del discipulado que recibamos, y de la vida de co-

muni3n que tengamos con nuestra nueva familia espiritual que es la iglesia.

Algunas veces, cuando conocemos la identidad de una persona, se nos aclaran los interrogantes, porque es muy probable que nuestra respuesta sea: «Ah, ahora entiendo, es igual a su padre». Quiero enfatizar aqu3 que nosotros, como disc3pulos de Jesucristo, tambi3n tenemos una nueva identidad en Cristo. Esa identidad, por supuesto, est3 estrechamente relacionada con la nueva personalidad.

Entonces, como nuevas criaturas, tenemos una nueva personalidad que hemos heredado de Dios nuestro Padre. Y esta nueva personalidad nos da una nueva identidad. Es de suma importancia para nosotros que conozcamos bien nuestra nueva identidad en Cristo.

Ahora, cuando hablamos de identidad, y queremos saber la identidad de alguien, hay varias preguntas que necesariamente tendremos que hacer. Por ejemplo: ¿qu3n es su padre?, ¿de qu3 familia viene?, ¿cu3l es su oficio?, ¿de d3nde es?, ¿a qu3 se dedica? O como se expresa en Jon3s 1.8 cuando los tripulantes quer3an saber acerca de 3l: «¿Qu3 oficio tienes, y de d3nde vienes? ¿Cu3l es tu tierra, y de qu3 pueblo eres?». De esta manera, aunque no conozcamos a la persona en cuesti3n, pronto tendremos una clara descripci3n de su identidad porque conoceremos todo su contexto. Por ejemplo, podemos decir: «Ah, es hijo de Fulano de tal, y su hermano mayor es Mengano, vive en tal barrio, y trabaja en tal lado haciendo tal cosa. ¡Ah, s3, est3 bien, ahora ya s3 qu3n es!». La verdad es que a3n no lo conocemos, pero con todos estos datos espec3ficos que nos dieron acerca de su identidad es como que ya lo conoci3ramos. Vemos con este ejemplo la gran importancia que tiene conocer la identidad de una persona.

He tenido la hermosa oportunidad de compartir este tema: «Nuestra nueva identidad en Cristo», desarrollado en tres partes,

teniendo tres predicaciones en el mismo día, en un campamento de verano para nuevos creyentes nacionales, ex musulmanes, en el país donde vivimos. Ha sido una experiencia preciosa y de mucha bendición, tanto para mi propia vida como para mis amados hermanos locales. Ellos se han regocijado de escuchar nuevas verdades tan importantes para sus vidas, siendo transformados en el espíritu de sus mentes, teniendo una nueva comprensión de cuántas bendiciones han recibido al reconocer a Cristo como el Señor de sus vidas. Una comprensión de lo que Dios dice acerca de nosotros sus hijos y un conocimiento de los atributos de Dios para saber quién es nuestro Padre, nos dará una perspectiva de quiénes somos nosotros ahora como nuevas criaturas creadas en Cristo Jesús para la gloria de Dios Padre. Este conocimiento, por revelación del Espíritu Santo, nos posiciona de otra manera delante de la vida. Muchas personas andan vagando por este mundo, desorientadas, con un grave problema de identidad, sin saber quiénes son, de dónde vienen, y adónde van. Este problema de falta de identidad arrastra a muchos de ellos a caer en una diversidad de faltas más graves, como consecuencia de esto. Pero nosotros hemos nacido de nuevo, somos nuevas criaturas en Cristo Jesús Señor nuestro, escogidos para buenas obras, benditos de Dios para bendecir a muchos. ¡Por voluntad de Dios!

Nuestra identidad en Cristo

Nosotros hemos adquirido una nueva identidad en Cristo. Y es necesario que la conozcamos bien para que vivamos y nos desarrollemos por medio de ella. Ya no somos los mismos de antes, Cristo transformó nuestras vidas. Nos hizo nacer de nuevo, somos nuevas criaturas, tenemos una nueva identidad. Entonces, para que tengamos un buen conocimiento de nuestra nueva identidad debemos hacernos las siguientes preguntas y buscar en Dios y en su Palabra las respuestas. Por ejemplo: ¿Quién soy?

¿Quién es mi Padre? ¿Quién es mi familia? ¿Cuál es mi oficio? ¿Cuál es mi nacionalidad? Y se le puede agregar: ¿Qué idioma hablo? El tener un conocimiento apropiado y completo de estas cosas, ayudarán ampliamente a la formación de nuestro carácter. Y por supuesto nos darán una conciencia clara acerca de nuestra propia identidad. Me gustaría aquí poder ampliar un poco este tema, ya que lo considero de suma importancia para el desarrollo de nuestras vidas y ministerios.

La primera pregunta: ¿Quién soy? Como ya hemos visto en 2 Corintios 5.17, somos nuevas criaturas, creados para buenas obras (Efesios 2.10). Somos santos, escogidos por Dios desde antes de la fundación del mundo (v. 1.4). Predestinados para alabanza de la gloria de Dios (vv. 11-12). Somos benditos de Dios. Efesios 1.3 dice: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo». Somos hijos y herederos de Dios (Gálatas 4.7). Somos templo del Dios viviente (2 Corintios 6.16). Templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6.19). Somos reyes y sacerdotes (Apocalipsis 1.6). Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (Romanos 8.37). Herederos de Dios y coherederos con Cristo (v. 17). Completos en Cristo Jesús (Colosenses 2.10). Aceptados en el Amado (Efesios 1.6). Luz y sal del mundo (Mateo 5.13-14). Cabeza y no cola (Deuteronomio 28.13). Linaje escogido (1 Pedro 2.9). Todo esto somos, ¡para gloria de Dios!

La segunda pregunta: ¿Quién es mi padre? Esta respuesta es fácil de dar: nuestro Padre es el Dios Altísimo. Pero sería más adecuado hacer una descripción más amplia sobre quién es nuestro Padre, lo cual nos ayudará a ubicarnos mejor respecto a nuestra propia identidad. Primeramente, tenemos que decir que según Génesis 1.26-27, hemos sido creados a la imagen de Dios. La pregunta que humanamente nos surgiría es a cuál de todos noso-

tros se parece Dios, porque nosotros somos todos diferentes. Pero la respuesta es que Dios no se parece al hombre en nada de lo que el hombre es, sino que lo había creado a su imagen espiritual. Dios puso su esencia misma en el hombre, con todas sus virtudes y características. En Cristo, Dios restaura esa imagen en nosotros y estamos en proceso de ser perfeccionados. Entonces, somos hijos del Dios santo y sublime (1 Pedro 1.15-16), del Dios justo (1 Juan 3.7), del Dios de paz (2 Tesalonicenses 3.16; Mateo 5.9). Nuestro Padre es bueno (Sal 100.5), amoroso (1 Juan 4.8), manso. Somos hijos del Dios creador del cielo y de la tierra, Dios todopoderoso (Apocalipsis 1.8), que también es omnisciente y omnipresente. Es el dueño del oro y la plata (Hageo 2.8). Es un Padre rico y generoso. En verdad, no hay otro como Él. ¡Aleluya!

La tercera pregunta: ¿Quién es mi familia? En primer lugar nuestro hermano mayor es Cristo. Él es el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8.29). Somos miembros de la familia de Dios. Dice Efesios 2.19: «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios». Jesús mismo declaró: «Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Marcos 3.35).

La cuarta pregunta: ¿Cuál es mi oficio? Somos embajadores en nombre de Cristo (2 Corintios 5.20). Nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto (v. 3.6). Somos ministros de Dios (v. 6.4). Somos real sacerdocio (1 Pedro 2.9), nuestro oficio es sacerdotal. Somos administradores de la multiforme gracia de Dios (v. 4.10). Somos embajadores en nombre de Cristo (2 Corintios 5.20; Efesios 6.20). Somos administradores de los misterios de Dios (1 Corintios 4.1), y su multiforme gracia (1 Pedro 4.10).

Y la quinta pregunta: ¿Cuál es mi nacionalidad o mi ciudadanía? «Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde tam-

bién esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo» (Filipenses 3.20). «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Efesios 2.19). Pertenece al reino de su amado Hijo, el reino de Cristo (Colosenses 1.13). Somos «nación santa, pueblo adquirido por Dios» (1 Pedro 2.9). ¡Oh, gloria a Dios!

Para completar la idea de nuestra nueva identidad, deberíamos decir que nuestra vieja naturaleza, nuestro viejo hombre, estaba bajo maldición (Gálatas 3.13), viciado y corrompido (Efesios 4.22). Éramos hijos de ira (Efesios 2.3), impíos e injustos (Romanos 1.18). Pero Dios en su gran amor nos ha restaurado, y nos bendijo con toda bendición espiritual y material también. Nos hizo benditos, escogidos de Dios y amados. Ya no hay maldición en nuestras vidas sino bendición. Somos hijos de paz, para bendecir a muchos, para pacificar al mundo. Somos luz y sal, para iluminar y para preservar. ¡Aleluya!

Encuentro que es muy importante que tengamos claridad acerca de nuestra nueva identidad como seres espirituales que somos desde nuestro nuevo nacimiento. Ya no somos los mismos que éramos antes de reconocer a Jesucristo como el Señor de nuestras vidas. ¿Sabes tú quién eres?

La importancia de ser conscientes de esta realidad nos llevará a vivir vidas dignas, como corresponde a nuestra nueva identidad en Cristo. ¡Que vivamos como hijos del Dios Altísimo, como verdaderos reyes y sacerdotes que somos! ¡Que no andemos dando lástima por la vida cargados de temores y preocupaciones! Conoce a tu Padre e imítale. Debes parecerle. Hay un viejo dicho que dice: «De tal palo tal astilla». Significa que tal cual es el padre, tal es su hijo. Conoce a tu Padre y vive honrándole en tu vida. Fuiste creado para expresar su gloria. ¡Eres la gloria del Dios santo y sublime!

Entonces, muchacho, ¿de quién eres hijo? Querido, animate a

avanzar, ámate a ser un conquistador en el nombre de Jesucristo para el reino de Dios. Toda vez que logres algo o consigas alguna victoria, como en el ejemplo de David, tu Padre recibirá la gloria. Preguntarán: «¿De quién es hijo ese joven?». Tomemos posesión de la tierra que hemos recibido por heredad en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. ¡Amén!

CAPÍTULO 8

Una palabra final

Mira, Jehová tu Dios te ha entregado la tierra; sube y toma posesión de ella, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho; no temas ni desmayes (Deuteronomio 1.21).

QUISIERA COMPARTIR con la amada iglesia del Señor, una palabra final, que Dios en su inmensa misericordia ha querido revelarnos a través de las Sagradas Escrituras. Es una palabra de ánimo y de exhortación. Para esto deberemos retroceder en la historia mas allá de nuestro original relato del encuentro entre David y Goliat. Deberemos regresar a los orígenes mismos de este enfrentamiento. Deberemos regresar a la época en que Dios sacó a su pueblo, por mano de Moisés, de tierra de esclavitud.

Habiendo terminado el tiempo que pasaron en el desierto, llegaran a Cades-barnea, lugar que de alguna forma sería límite entre el desierto y la tierra prometida que Dios daría por heredad al pueblo de Israel. Sería para Israel como la puerta de acceso a la

libertad total, a una nueva vida. Habiendo estado en esclavitud, y habiendo sido liberados por la poderosa mano de Dios, ahora se disponían a avanzar hacia el cumplimiento de los propósitos de Dios. Es en tal ocasión que Moisés habla a su gente mencionándoles las palabras que encontramos en Deuteronomio 1.21: «El Señor tu Dios te ha entregado la tierra; sube y toma posesión de ella».

Yo compararía esta palabra con la que el Señor nos dio a nosotros, sus hijos del Nuevo Pacto, quienes espiritualmente estamos más o menos en la misma situación que estaban los israelitas. El Señor, habiéndonos salvado, libertado de la esclavitud del pecado y de Satanás, nos detiene delante de la tierra que debemos poseer y nos dice:

Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28.18-20).

A mi entender, estos dos pasajes son exactamente la misma palabra. El Señor nos está diciendo que Él tiene todo poder, que tiene toda autoridad, que tiene todo dominio. Que todo reinado y todo principado y todo señorío le ha sido entregado, y que todo enemigo ha sido puesto bajo sus pies. ¡Dios ha decretado su victoria final y no habrá quien lo impida! Por lo tanto, nos dice el Amado: «El Señor tu Dios, te ha entregado la tierra». «Id, y haced discípulos a todas las naciones», o dicho de otra forma: «El Señor tu Dios te ha entregado la tierra, sube y toma posesión de ella». Dios, el Señor en los cielos, ha firmado el decreto de herencia. Ha puesto todo, absolutamente todo, en las manos de nuestro Señor Jesucristo. Y por su inmensa gracia nosotros, sus hijos, hemos sido incluidos en esa misma herencia. Por pedido exclusivo de nuestro Señor Jesús:

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo (Juan 17.24).

Entonces, iglesia, ¿a qué esperar? Estas son las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Efesios 2.10). Esta es la misión que el Señor nos encomendó para que sean cumplidos sus propósitos ideados desde antes de la fundación del mundo. Tenemos ya la clara revelación de estas cosas, por lo tanto, no podemos seguir siendo negligentes. Es necesario enfatizar aquí que no tenemos absolutamente ningún tipo de excusas. Quien siga poniéndolas, es porque aún no ha comprendido el propósito de Dios o aún no ha conocido a su Dios. Él es inmensamente rico, tremendamente poderoso, y excesivamente fiel. Él lo ha prometido y Él lo hará. Pero Dios solo necesita hombres y mujeres fieles y dispuestos a perderlo todo por ganar a Cristo, dispuestos a entregar su vida por satisfacer los deseos del corazón de Dios su Padre. Es traumático ver en toda la Biblia, a lo largo de la historia, a Dios, buscando hombres fieles que se pongan delante de Él y de las naciones, en función sacerdotal. Y en verdad ha encontrado bastante pocos. Estamos entendiendo que hemos entrado en la recta final de esta carrera, viviendo los últimos acontecimientos de esta era, cuando Dios levantará un pueblo fuerte, conforme a su corazón, una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, una iglesia verdaderamente enamorada de su esposo, dispuesta hasta el sacrificio por amor de su Nombre. Una iglesia que lo dé todo por satisfacer los deseos del corazón de su Amado. Estamos hablando de entrega y de sacrificio, por amor de su Nombre. Hablamos de una iglesia formada por verdaderos discípulos que se nieguen a sí mismos y que tomen su cruz cada día y lo sigan.

Estamos entrando en la última hora. Dios está llamando a hombres y mujeres, valientes y dispuestos. Dios está formando

un pueblo victorioso. Quiere involucrarte en sus proyectos divinos. Quiere restaurar su Reino contigo. Quiere utilizarte para su honra y gloria. Quiere que tú seas uno de sus vencedores, que relata Apocalipsis 12.11. La trompeta ya está sonando conforme a la Escritura:

Tocad trompeta en Sión, y dad alarma en mi santo monte; tiembren todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano (Joel 2.1).

Se acercan los tiempos finales del cumplimiento de la profecía dada en Joel 2.1-11:

Día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de sombra; como sobre los montes se extiende el alba, así vendrá un pueblo grande y fuerte; semejante a él no lo hubo jamás, ni después de él lo habrá en años de muchas generaciones. Delante de él consumirá fuego, tras de él abrasará llama; como el huerto del Edén será la tierra delante de él, y detrás de él como desierto solado; ni tampoco habrá quien de él escape. Su aspecto, como aspecto de caballos, y como gente de a caballo correrán. Como estruendo de carros saltarán sobre las cumbres de los montes; como sonido de llama de fuego que consume hojarascas, como pueblo fuerte dispuesto para la batalla. Delante de él temerán los pueblos; se pondrán pálidos todos los semblantes. Como valientes correrán, como hombres de guerra subirán el muro; cada cual marchará por su camino, y no torcerá su rumbo. Ninguno estrechará a su compañero, cada uno irá por su carrera; y aun cayendo sobre la espada no se herirán. Irán por la ciudad, correrán por el muro, subirán por las casas, entrarán por las ventanas a manera de ladrones. Delante de él temblará la tierra, se estremecerán los cielos; el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor. Y Jehová dará su orden delante de su ejército; porque muy grande es su campamento; fuerte es el que ejecuta su orden; porque grande es el día de Jehová, y muy terrible; ¿quién podrá soportarlo?

Tierra, no temas; alégrate y gózate, porque Jehová hará grandes cosas (v. 21)

¡Aleluya! A Dios sea la gloria por todos los siglos. ¡Amén!

La hora viene, y ahora es

Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren (Juan 4.23).

Quiero hacer un breve comentario acerca de este versículo y su contexto. Fue para mi muy enriquecedor poder comenzar a leer la Biblia en otro idioma, específicamente, en árabe. Esto trae una bendición añadida al poder comprender ciertos pasajes desde otra perspectiva, lo cual da una comprensión más amplia y de mayor profundidad. Sabido es lo amplio que es el idioma griego, en el cual fue escrito el Nuevo Testamento, y que muchas veces en la traducción literal de este al español se pierde en el camino un poco de su significado real. De modo que, en algunos casos, poder leer las Escrituras en otro idioma, ayuda a una comprensión más cercana a su significado original. Esto es, en conclusión, lo que me ha ocurrido especialmente con este pasaje de Juan 4.23.

Las primeras veces que había leído o escuchado este versículo en idioma árabe, me llamaba la atención que al referirse a los *adoradores*, la raíz de esta palabra es la misma que se traduce por: «siervo» o «esclavo». Lo mismo ocurre con el verbo *adorar*, cuya traducción es algo así como «el trabajo o servicio que hace un esclavo». Pero también se entiende perfectamente que adoración es rendirle culto a Dios con cánticos, oración, etcétera. Entonces, no es que tenga dos significados, sino que es un solo y único significado. Lo que para nosotros en español serían dos significados diferentes, en el idioma árabe se unifican en un solo significado pero incluyendo a ambos. Así, cuando uno usa «adoración» en árabe, está comprendiendo tanto una cosa como la otra, dependiendo de su contexto. A mi entender, lo que hace la diferencia, es simplemente la actitud de corazón. Un esclavo

hace reverencia a su amo y lo sirve sometido a su voluntad. Pero la actitud en lo profundo de su corazón es que lo hace por temor, ya que los mandatos le son impuestos por la fuerza y este no tiene opción de escoger si desea hacerlo o no. Simplemente, deberá obedecer si no quiere ser castigado. En cambio el que adora a Dios, aunque también le brinda reverencia, se inclina ante Él, le sirve en cuanto a su voluntad soberana y le rinde obediencia de la misma manera que lo hace un esclavo; sin embargo, este no lo hace por miedo y porque no tenga otra opción, sino que, teniendo libertad para escoger, escoge lo mejor y lo hace con gran alegría porque hay en su corazón una sincera gratitud.

Esto me llevó en un momento a buscar el significado más real de la palabra y encontré que en el original griego es exactamente eso lo que expresa, dando una más amplia comprensión de la intención de Dios para nuestras vidas, especialmente en este versículo de Juan 4.23. El *Diccionario Expositivo Vine*, expresa lo siguiente: «Adoración (*proskunev*): hacer reverencia, dar obediencia a...».

«La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores —los verdaderos discípulos de Jesucristo, los verdaderos siervos del Señor—, adorarán al Padre». Sí, le cantarán salmos y cánticos nuevos, y oraciones profundas, pero también lo reverenciarán, le rendirán obediencia cual esclavo, por amor de su Nombre. «En espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren». ¡Aleluya! El Padre está buscando este tipo de adoradores, no tan solo adoradores de culto dominical, sino adoradores de tiempo completo. Adoradores no tan solo con cánticos, sino también con obediencia profunda para que sus propósitos sean cumplidos.

Veamos un poco el contexto en que fueron dichas estas palabras y comprenderemos más aún. En primer lugar, el tema sale cuando la mujer samaritana pregunta por el lugar apropiado para

adorar. Jesús le estaba dando la respuesta exacta: lo importante no es el lugar sino la actitud de corazón, dejando claro qué es lo más importante. Mientras la mujer se estaba yendo, llegan los discípulos trayéndole de comer. Jesús les dice: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra» (Juan 4.34). ¿No es esto un acto de adoración en espíritu y en verdad? Hacer la voluntad de mi amo es aún más importante que la misma comida, y necesito terminar la obra de mi Señor antes que cualquier otra cosa. Esta es una actitud de verdadera adoración en espíritu y en verdad. Inmediatamente después, el Señor quiere darles una explicación más amplia y les dice: «Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega» (v. 35). El Maestro, en estos dos versículos, está mostrándoles a los discípulos cuál es la verdadera adoración. Hay una verdad que es necesario conocerla. Esa verdad es el propósito eterno de Dios. Y hay una actitud del espíritu, es la del corazón con que debe vivirse tal verdad. Es, como lo mencionamos anteriormente, vivir la verdad con intencionalidad. Entonces, el siervo, el adorador, debe vivir en espíritu y en verdad con intencionalidad. El adorador es un siervo. El siervo es un adorador. Su vida está dedicada a hacer la voluntad de su Señor y acabar la obra de su amo. Con un sentido de urgencia comprueba que los campos están listos para la cosecha, por lo tanto, dedicarse a realizar la tarea en espíritu y en verdad, es la adoración que el Padre está buscando de los verdaderos adoradores. Mientras tanto, el siervo podrá ir entonando una hermosa alabanza o algún salmo, como lo hacía David. Los verdaderos adoradores, adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Debemos conocer la verdad, la verdad de sus propósitos eternos, y dar nuestra vida con total intencionalidad, con un espíritu dispuesto a alcanzar esos propósitos, en y a través nuestro, en otros. Esta será nuestra verdadera adoración al Padre.

Concluyendo, el Padre está buscando verdaderos adoradores. ¿Los encontrará entre nosotros? Alza tus ojos y verás que los campos en los países musulmanes están blancos para la cosecha. Dios nos ha dado la lluvia temprana y ahora está cayendo la lluvia tardía.

Tierra: bebe del agua que el Señor te dio porque a partir de ahora darás fruto cual nunca antes lo has dado. Tierra de los países islámicos: bebe. Bebe porque llevarás mucho fruto para la gloria del Dios verdadero. Bebe del Agua de vida, porque ya están viniendo a tus campos los verdaderos adoradores que en espíritu y en verdad segarán de ti. Algunos dicen: «Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega» (Juan 4.35), otros dicen que estas no son buenas tierras, que todavía necesitan ser preparadas, que aún hay muchas piedras. Pero Dios, y nosotros con Él, decimos:

Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.

Tierra, no temas; alégrate y gózate, porque Jehová hará grandes cosas. Animales del campo, no temáis; porque los pastos del desierto reverdecerán, porque los árboles llevarán su fruto, la higuera y la vid darán sus frutos (Joel 2.21-22).

Una palabra para la iglesia en Latinoamérica

Quiero compartir también una palabra final, específicamente para la iglesia en América latina. Sencillamente, quisiera desempolvar la palabra profética para los últimos tiempos, considerando los tiempos preciosos que el Señor nos ha permitido vivir en la gran mayoría de nuestros países latinos.

Por la gracia de Dios y su infinita misericordia, lo hemos visto moverse de una manera preciosa. Los últimos treinta y cinco años han sido tiempos de restauración para la iglesia en muchos de los países de América del Sur, Centroamérica y aún América del Norte. Han sido tiempos de renovación. Tiempos de un cons-

tante mover de Dios en todas sus esferas. Han sido tiempos de refrigerio espiritual, sobrenatural. Dios nos visitó mientras que al mismo tiempo nuestros países se veían azotados por todo tipo de conflictos y situaciones adversas. Como naciones hemos sido muy golpeados, envueltos en problemas gubernamentales como dictaduras extremas, democracias mal entendidas produciendo políticos corruptos, derrocamientos continuos de los presidentes de turno, enfrentamientos armados de guerrillas; hemos pasado por crisis económicas y laborales muy graves. Así también, muchos de nuestros países han sufrido catástrofes naturales. Pero, en medio de situaciones verdaderamente difíciles, Dios nos ha mostrado su salvación. Hemos visto la poderosa mano de Dios obrando en nuestro medio.

Desde finales de la década del sesenta se ha comenzado a vivir la presencia de Dios de una manera diferente en muchos contextos cristianos. Se ha respirado un precioso perfume de restauración, renovación y avivamiento. Y aún hoy seguimos viendo muchas de estas cosas. Dios ha querido manifestarse de manera sobrenatural con sanidades, milagros y liberación de vidas encarceladas por los demonios. Hemos visto conversiones como nunca antes en la historia de nuestros países. Hemos vivido la época de las campañas donde la gente en masa corría para entregarse a Jesucristo. Hemos visto gran cantidad de iglesias creciendo en número como nunca antes. Hemos experimentado el nacimiento de muchísimas nuevas congregaciones por todas partes. Dios ha estado levantando de entre nosotros preciosos hombres y mujeres, con ministerios muy fructíferos más allá de la iglesia local como evangelistas y predicadores. Algunos de ellos también con dones de sanidades, milagros y liberación de demonios. Estos han sido de tremenda bendición. Han sido instrumentos de Dios para la evangelización de los perdidos y también para la unidad de la iglesia. Ya sea en nuestros países como más allá

de nuestras fronteras, algunos de ellos también han sido de bendición en países de Europa, Asia y África. Dios ha sido muy bueno con nosotros y nos ha amado con amor eterno. ¡Qué dulce es la presencia de nuestro Amado! Qué privilegiado me siento que me haya permitido vivir en este momento de la historia. ¡Aleluya! Dios está formando un pueblo.

Otra cosa maravillosa que hemos estado experimentando a lo largo de estas más de tres décadas, es la creciente unidad que se ha ido viviendo en la iglesia de Jesucristo. Hemos comenzado viendo unas tímidas y aisladas expresiones de unidad, pero esto ha ido creciendo por la gracia de Dios, comenzando a formarse los Consejos Pastorales en diversas ciudades y algunos vieron la necesidad de crear un ente que de alguna manera nuclea a por lo menos una gran cantidad de iglesias y que de esta manera los presente ante el gobierno del país o ante otras entidades. Estos Consejos Pastorales han ido aumentando en las distintas ciudades y las asociaciones de iglesias a nivel nacional se han fortificado. Pero en estos últimos años hemos estado experimentando la unidad también mas allá de nuestras fronteras. Estamos viendo la unidad de iglesias de distintos países a través de redes ministeriales como nunca antes se había visto. Todo esto es para la gloria de Dios. Al escribir estas cosas aún sin entrar en demasiados detalles, me inunda un tremendo sentido de satisfacción. De alguna manera me siento completo y lleno de gratitud a nuestro bondadoso Señor Jesucristo, por lo que Él nos ha permitido vivir en nuestra querida América Latina.

Pero, aún no está todo hecho. Y es sobre este faltante a lo que me quiero referir. Tengo la impresión de que, con todas estas bendiciones que hemos recibido como iglesia en Latinoamérica, estamos ahora, de alguna manera, como las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés. Dios tenía un propósito específico con el pueblo de Israel. Le había entregado una determinada tie-

rra, asignada como heredad, y que debía poseer. Ahora, habiendo llegado a cierta región, antes de cruzar el río Jordán para poseer la tierra prometida, dice la Escritura que:

Los hijos de Rubén y los hijos de Gad tenían una muy inmensa muchedumbre de ganado; y vieron la tierra de Jazer y de Galaad, y les pareció el país lugar de ganado. Vinieron, pues, los hijos de Gad y los hijos de Rubén, y hablaron a Moisés y al sacerdote Eleazar, y a los príncipes de la congregación, diciendo: Atarot, Dibón, Jazer, Nimra, Hesbón, Eleale, Sebam, Nebo y Beón, la tierra que Jehová hirió delante de la congregación de Israel, es tierra de ganado, y tus siervos tienen ganado. Por tanto, dijeron, si hallamos gracia en tus ojos, dése esta tierra a tus siervos en heredad, y no nos hagas pasar el Jordán (Números 32.1-5).

En primera instancia, Moisés, que aún era quien los estaba guiando, se enoja con ellos y los reprende. Me imagino que el primer pensamiento que vino a los de las tribus de Rubén y de Gad, ganaderos y pastores, era muy lógico: «Esta tierra a la que hemos llegado es en verdad muy buena para nuestros animales. Aquí podremos criarlos con buen alimento y estos estarán bien engordados y fuertes. Además, hay aquí buena cantidad de agua, con algunos ríos y lagos. También esta es buena tierra para nuestras cosechas. Y ya Dios nos las entregó, por lo que estamos muy agradecidos. Así que, para qué seguir arriesgando nuestras vidas y las de nuestras familias con más guerras. ¿Qué necesidad tenemos de cruzar el río Jordán si aquí estamos bien? Aparte [como se lee en Números 13], ya enviamos espías al otro lado del Jordán, y todos oímos el reporte que nos entregó la mayoría de ellos. Nos dijeron que es tierra que devora a sus moradores, y que sus ciudades son fortificadas y habitadas por hombres de gran estatura, raza de gigantes. Mejor, quedémonos acá. Para qué seguir arriesgando. Disfrutemos de lo que Dios nos dio».

Pero este pensamiento no estaba de acuerdo al pensamiento

de Dios. No era este el propósito total de Dios. Sí era esta, una parte de la tierra prometida, pero no era toda la tierra prometida. Y la voluntad de Dios no es que sólo tomemos posesión de una sola parte de la tierra que Él mismo escogió para nosotros. Él, en su soberanía, quiere que tomemos posesión de la totalidad de la promesa. Quiere que poseamos toda la tierra y no solo una parte simplemente porque está buena. Entonces, es necesario cruzar el Jordán y conquistar la otra parte de la tierra prometida.

De este modo, el acuerdo al que llegaron Moisés y los líderes de las otras nueve tribus y media, con los de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés, fue que, si bien ya Dios les había dado a Israel esta parte de la tierra al este del Jordán, podían quedarse con ella, pero: «Solamente vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestros ganados (yo sé que tenéis mucho ganado), quedarán en las ciudades que os he dado» (Deuteronomio 3.19). «Edificaremos aquí majadas para nuestro ganado, y ciudades para nuestros niños» (Números 32.16).

La condición era que todos los hombres deberían cruzar el Jordán junto al resto del pueblo de Dios para ayudarlos en la guerra hasta tomar total posesión de la tierra prometida.

Entonces les respondió Moisés: Si lo hacéis así, si os disponéis para ir delante de Jehová a la guerra, y todos vosotros pasáis armados el Jordán delante de Jehová, hasta que haya echado a sus enemigos de delante de sí, y sea el país sojuzgado delante de Jehová; luego volveréis, y seréis libres de culpa para con Jehová, y para con Israel; y esta tierra será vuestra en heredad delante de Jehová (Números 32.20-22).

Así acordaron y así se hizo. Volviendo a nuestros tiempos, tenemos que decir que la iglesia en Latinoamérica ha alcanzado cosas importantes. Pero déjame decirte querido hermano, que debemos cruzar el Jordán, o mejor dicho, debemos cruzar el océano Atlántico. La tierra que Dios nos prometió que nos daría por heredad,

no se limita tan solamente a las Américas. Gran parte de la tierra prometida son también los territorios habitados por los musulmanes, más de mil doscientos millones de personas en más de cincuenta países y cuatrocientos pueblos etnolingüísticos. ¿Que son como ciudades fortificadas? Sí. ¿Que son como raza de gigantes? Sí. ¿Que parecen más fuertes que nosotros? Sí. ¿Que a nuestro parecer somos como langostas delante de ellos? ¡No! ¿Que para qué ir a esos países si no se convertirán? ¿Y quién te ha dicho eso? ¿A qué espíritu escuchas?

Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos (v. 13.30).

Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis (v. 14.9).

Así que, iglesia latinoamericana, ¡alabemos al Señor juntos por lo que hemos logrado en nuestras tierras! Hemos sido tremendamente bendecidos, somos benditos de nuestro Padre. Pero ahora crucemos el Jordán, crucemos el Atlántico y tomemos posesión de la tierra que nos prometió nuestro Padre. Nosotros somos algunos de los que el Señor ha puesto para que heredemos del otro lado del Atlántico pero a decir verdad, todavía aquí somos muy pocos y necesitamos de la ayuda de todo el pueblo de Dios. Iglesia latina: tú ya heredaste en tu tierra, ahora ayúdanos a heredar del otro lado del océano. No estoy diciendo que se vengan todos para acá, aunque sí tendrán que venir muchos más aún. Más bien estoy diciendo que pueden y deberían ayudarnos no tan solo viniendo, sino enviando de sus provisiones y recursos de manera sacrificial, para que los que ya estamos de este lado del Jordán, tengamos las armas necesarias para completar la obra. Estoy diciendo que toda la iglesia debería tomar esta carga en el Espíritu y formar un gran ejército de verdadera intercesión en fe, para que

los grandes muros sean derribados, como lo fueron los muros de Jericó, o más recientemente, los muros del comunismo. Iglesia latina: ya has heredado en tu tierra, cruza con nosotros y ayúdanos a heredar de este otro lado, donde están los gigantes. Dios quiere que le conozcas en otra dimensión.

Conclusión: el desafío

Como conclusión a nuestros comentarios sobre el enfrentamiento entre David y Goliat, deberíamos recapacitar ante el gran desafío que esto representa para nosotros como iglesia de Jesucristo en los comienzos del siglo XXI. Hemos visto en la figura de Goliat un espíritu del anticristo en la religión islámica. Y en la figura de David, a la iglesia gloriosa y victoriosa de los últimos tiempos. Hemos visto cómo Goliat prevaleció arrogante y vencedor por más de cuarenta días, desafiante por las mañanas y por las tardes. De la misma manera lo ha hecho el islam por casi mil cuatrocientos años. No nos hemos detenido demasiado para ver las características de este orgulloso enemigo, tan seguro de sí mismo. Pero sí nos hemos detenido mayor tiempo para desarrollar muchas de las cualidades del joven David, o sea, de la victoriosa iglesia de los últimos tiempos. Hemos visto cómo de alguna manera el gigante se ha impuesto usando sus principales armas de terror. Hemos reconocido con vergüenza, que ha sido el enemigo quien ha dictado las normas del juego por mucho tiempo y cómo el pueblo de Dios, muy temeroso e incrédulo, ha aceptado esas reglas. Pero para finalizar, hemos visto cómo una iglesia victoriosa, con identidad real y divina, creyente y dependiente de su Dios, enamorada de su Amado Esposo, es quien con actitud de corazón e intencionalidad, se queda con la victoria final, restaurando y completando el propósito eterno de Dios.

Y hablando de actitudes, tenemos que decir que ha sido una

reflexión cargada de ira santa, al igual que David, cuando expresa su valiente desafío:

¿Quién es este filisteo incircunciso, para que provoque a los escuadrones del Dios viviente? (v. 26).

Lo primero es reconocer que este fiero enemigo ha estado desafiando a los escuadrones del Dios viviente, deteniendo así el avance del reino de Dios en la tierra y, por lo tanto, el cumplimiento de su propósito eterno. Junto con esto debemos tomar conciencia de que tal antiguo enemigo, no solamente ha desafiado al pueblo de Dios, sino que ha provocado al mismísimo Altísimo:

Entonces dijo David al filisteo: Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado (v. 45).

La victoria final, por parte de la iglesia gloriosa, está decretada en los cielos y su cumplimiento está pronto a llegar. De su parte, David sabía muy bien esto por revelación de Dios, por conocer a la persona divina. Tal cual como lo expresa la primera parte de este siguiente versículo:

Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza, y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel (v. 46).

Y para finalizar, como hemos dicho, nuestra victoria está decretada y será conseguida por la mano de Dios sobre nosotros. Pero también esta victoria tiene una razón de ser, o para decirlo de otra manera, esta victoria tiene consecuencias. La consecuencia final es que será cumplido, de una vez por todas, el propósito eterno de Dios. Por su lado, David demuestra que estaba al tanto de ello y lo expresa al final de este mismo versículo, con una palabra profética: «Y toda la tierra sabrá que hay Dios» (v. 46).

Tú y yo conseguiremos tal victoria de la mano del Dios todopoderoso, para la gloria de su Nombre. Ya no habrá más impedimento para el establecimiento pleno del reino de Dios. Ya no habrá más impedimento para el establecimiento del reino de Dios entre los actuales países islámicos...

¡Aleluya! ¡Toda la tierra sabrá que hay Dios! ¡Los musulmanes sabrán que hay un Dios verdadero, vivo y real!

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2.9-11).